

## CAPÍTULO 5.

### ROSARIO CASTELLANOS DESDE ISRAEL:

#### UNA CONCILIACIÓN ENTRE EL PERIODISMO, LA DIPLOMACIA Y LA “VIDA DOMÉSTICA”

*Desde siempre he sido muy consciente de la forma de vida que es necesario adoptar para poder conciliar: la feminidad, por una parte, porque no creo que sea un bien renunciable; y la actividad intelectual o la carrera, por la otra. Y hacer de ello no un ser desgarrado, que es como casi siempre han sido las mujeres que tienen una profesión, sino un ser en la plenitud del cumplimiento de sus actividades.*

ROSARIO CASTELLANOS

La designación de Rosario Castellanos como embajadora de México en Israel coincide con un cambio en su producción editorial. Éste es el abandono progresivo del tratamiento de temas contestatarios y el relato constante de sus actividades cotidianas en la embajada y en su hogar. Es fundamental analizar e interpretar este corpus de ensayos culturales y domésticos para entender cómo se relacionaron con su forma femenina de ser intelectual en su momento histórico y con el reconocimiento que la escritora recibió del campo cultural y del campo de poder.

#### **¿POR QUÉ DEJAR DE POLEMIZAR? RESTRICCIONES DE LA DIPLOMACIA TRADICIONAL**

Durante su estancia en Israel, Rosario Castellanos escribió 102 editoriales. De ellos, sólo trece se centraron en México: seis

fueron escritos en 1971; tres, en 1972; tres, en 1973, y uno, en 1974. Esta cifra tan baja da a entender que la escritora abandonó la crítica social y política que efectuó con tanta fuerza durante la década de 1960. Por ende, también da a entender que el sistema de silenciamiento velado ejercido mediante la política de apertura democrática promovida por el presidente Luis Echeverría funcionó con ella. Con la salvedad de que, aun tomando en cuenta ese hecho, no puede decirse que Castellanos fungió como una intelectual al servicio del Estado; es decir, su labor no llegó al grado de defender y legitimar sus políticas. Acerca de esto, Julio Scherer señaló que el intelectual al servicio del poder se caracterizaba por justificar, defender y orientar la acción del gobierno; en cambio, el intelectual independiente se caracterizaba por juzgarlo, contradecirlo y denunciarlo siempre que era necesario.<sup>1</sup>

En consideración de ello, debe enfatizarse que, en el transcurso de los tres años que Rosario Castellanos fue embajadora de México en Israel, nunca escribió un editorial elogioso dedicado a la persona y a la gestión de Luis Echeverría Álvarez. Incluso, por la forma en que escribió sus textos, da la impresión de que se tomó el cuidado de alabar los aciertos de esa administración sin referirse directamente a su autor político. Por ejemplo, en el editorial “Buenas noticias desde México: pensar alto, sentir hondo, hablar claro”, del 28 de diciembre de 1971, Castellanos se regocijó de que el Premio Nacional de Letras se le otorgara a Daniel Cosío Villegas. El motivo de su alegría, de acuerdo con lo que mencionó, era que, por primera vez, la disidencia política entre un intelectual y el Estado no fue un obstáculo para reconocer a un pensador. De ahí que declarara: “me regocijé en mi corazón. No tanto por don Daniel; [...] Me regocijé por los otros, por nosotros y... ¿sería exagerado decir a boca llena y desde lejos, por mi patria? Porque el *reconocimiento* de una grandeza es, en cierta manera muy entrañable, compartir esa grandeza, colocarse a su

<sup>1</sup> Julio Scherer, “Las batallas de Julio Scherer”, disponible en [<https://www.youtube.com/watch?v=2WpJYzIIIfgc>].

nivel, *asimilarla*".<sup>2</sup> No se pierda de vista que al hablar de *reconocimiento y asimilación* se enfocó en el pueblo como beneficiario de una acción, pero nunca en los promotores de esas acciones que dependían del gobierno. En ese mismo orden de ideas, llama la atención que ni siquiera la deferencia expresada hacia el doctor Ignacio Chávez provocó que Castellanos se congratulara, sin reservas, de la nueva administración:

Cuando leí la crónica del acto en que don Daniel, y los ganadores también de los premios de artes y de ciencias, recibieron sus respectivos premios me fijé en un detalle que no deja de ser también significativo: el de la presencia, en dicho acto, del doctor Ignacio Chávez y el de que hubiera sido saludado por una gran ovación del público.

¿Qué tiene de raro que lo ovacionen cuando ostenta los méritos que ostenta? No tiene nada de raro y, en lo que a mí respecta yo lo encuentro perfectamente lógico; sólo que no puedo dejar de recordar a quienes, en otros tiempos, cuando Dios quería, "avisaban prudencia o amenazaban miedo".<sup>3</sup>

En todo momento, Castellanos se mantuvo en el plano de la sugerencia y no en el de la declaración. Más adelante, insinuó que, con su asistencia a la premiación, otros intelectuales *insobornables* le dieron un voto de confianza a la política de apertura democrática promovida por el presidente Echeverría. La nueva relación establecida entre los hombres más distinguidos del campo de poder y del campo intelectual, al final de 1971, daba a entender que, a pesar de la represión estudiantil ocurrida el Jueves de Corpus de ese mismo año, se estaba dando una nueva relación entre el Estado y la Universidad. Es probable que,

<sup>2</sup> Rosario Castellanos, "Buenas noticias desde México: pensar alto, sentir hondo, hablar claro", en Andrea H. Reyes (comp., intr. y notas), *Mujer de palabras. Artículos rescatados de Rosario Castellanos*, vol. III, México, CONACULTA, 2007, p. 130.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 131.

aunque la escritora admiró esta nueva actitud gubernamental, no se quiso aventurar a hacer una declaración respecto a la realidad de un México del que le llegaban noticias atrasadas. Sin embargo, las razones por las que Rosario Castellanos no escribió acerca de su país no se relacionan únicamente con la escasez de noticias, sino con que la política de apertura democrática fue una falsedad rotunda.<sup>4</sup> El puesto diplomático que se le ofreció conllevaba una serie de restricciones que señalan que su silencio se dio a partir de un proceso complejo. Por eso, quizá como una vez lo solicitó la escritora, debe dársele el beneficio de la duda para determinar si se calló por *prudencia* o por *frivolidad*.<sup>5</sup>

En este sentido, no debe olvidarse que, cuando Castellanos aceptó el cargo de embajadora, lo hizo con la condición de que se le permitiera seguir colaborando para *Excélsior*.<sup>6</sup> También hay que tener presente que, tan pronto como recibió malas noticias acerca de México, sumó su voz a la de los intelectuales que pidieron que se aclarara quién había ordenado la persecución y masacre de estudiantes el Jueves de Corpus de 1971:

<sup>4</sup> En 1974, Daniel Cosío Villegas sugirió que, para conocer el verdadero espíritu democrático que se vivía en México durante el sexenio de Luis Echeverría, había que indagar si el poder presidencial no invadía los medios de expresión y acción políticos. En su opinión, ni la radio, ni la televisión, ni las publicaciones periódicas actuaban con libertad. “Después de un examen de no pocos textos y actos suyos, tras un largo y reposado discurrir, con todo el valor de mi alma he llegado a una conclusión negativa. Y no, mil veces no, porque considere yo al presidente Echeverría un hipócrita o un farsante, sino porque no está construido física y mentalmente para el diálogo sino para el monólogo, no para conversar, sino para predicar. Mi conclusión se basa en la desproporción de sus reacciones o las de sus allegados ante la crítica, y en la pobreza increíble de los argumentos con que la contestan”. Véase Daniel Cosío Villegas, *El estilo personal de gobernar*, México, Joaquín Mortiz, 1974, pp. 122-125.

<sup>5</sup> Véase Rosario Castellanos, “Temas y temores: en torno a una página en blanco”, en *Mujer II*, pp. 400-401.

<sup>6</sup> Tampoco se pierda de vista que un editorial es aquel que participa de la visión política de un diario. Véase Vicente Leñero y Carlos Marín, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986, p. 305.

Estaba a punto de tirar a la calle la bola de cristal a la que consultaba para estar al día cuando alguien me recomendó que no lo hiciera. Quizá ella pueda decirnos algo respecto a unos halcones que volaron después “de dar a la caza alcance” y de los que nadie ha vuelto a saber. *Sobre ellos preguntan, en voz alta y libre, las más responsables, las más exigentes, las más dignas conciencias de México. Y esa voz escuchamos, y de ella nos hacemos eco, desde el sitio al que hemos sido destinados.* Volvemos a latir al unísono con nuestra patria gracias al puente que nos ha tendido la Secretaría de Relaciones con su servicio de valija periodística.<sup>7</sup>

En definitiva, cuando la escritora llegó a Israel, pensaba seguir pronunciándose sobre la realidad mexicana. Por eso, se imaginó el servicio de valija periodística como un puente con su patria, y, por eso, declaró que unía su voz a las voces de las más responsables y exigentes conciencias de México. En realidad, las razones por las que se abstuvo de hablar de México fueron ajenas a su voluntad.

Una razón se derivó de las condiciones a las que estaban sujetos los medios de comunicación y la población mexicana durante el gobierno de Luis Echeverría. En este periodo, el campo de poder no proporcionó información completa y veraz acerca de cada una de las conflagraciones que se dieron en la ciudad y en provincia.<sup>8</sup> Con respecto al Jueves de Corpus de 1971, ni siquiera periodistas tan agudos y bien informados como Julio Scherer supieron quién fue el autor del *halconazo*. Incluso, existe un hecho que ilustra lo lejos que estuvo de sospechar del Presidente. Dos días después de la represión estudiantil, Scherer le solicitó a Luis Echeverría apoyo para proteger al líder estudiantil

<sup>7</sup> Rosario Castellanos, “La valija periodística: un cordón umbilical”, en *Mujer III*, pp. 79-81. Énfasis mío.

<sup>8</sup> Por ejemplo, de Lucio Cabañas se promovió una imagen tergiversada. En los periódicos nacionales obedientes al gobierno, se le pintó como un delincuente. Véase Jacinto Rodríguez Munguía, *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, México, Debolsillo, 2007, pp. 141-142.

Heberto Castillo. Tuvieron que pasar años para que se supiera que el mandatario fue el autor intelectual de ese crimen. Hasta 1979, la revista *Proceso* publicó una declaración en la que Alfonso Martínez Domínguez, exjefe de la policía, acusó a Echeverría de haber ordenado el *halconazo*.<sup>9</sup>

Otra razón procedió del protocolo diplomático. En su calidad de embajadora, la escritora no podía participar en polémicas políticas, ni siquiera cuando éstas se justificaran y se efectuaran de manera respetuosa y razonada. Es probable que el presidente Echeverría no le informara a Rosario Castellanos de esta limitante cuando le dio su anuencia para que siguiera colaborando en *Excélsior*. Fue hasta el 28 de diciembre de 1971 cuando el canciller mexicano Emilio Rabasa le sugirió a la diplomática que se abstuviera de escribir réplicas en torno a México:

Aun cuando en estos momentos no la tengo a la vista, he querido contestar la carta que me enviaste el 30 de noviembre, acerca de algunas publicaciones que han aparecido en la prensa de ese país sobre México, y que obviamente te han llamado la atención por su falta de objetividad.

Comprendo muy bien tus sentimientos al respecto, pues cuando en el extranjero se presenta una imagen deformada de nuestro país, tenemos que experimentar justo enojo.

[...]

Aunque no me inclino por las gestiones oficiales en estos casos, principalmente por la irrestricta libertad de prensa que existe en México, sí creo que en determinadas circunstancias, podría ser útil que conversaras con los encargados de prensa del Ministerio de

<sup>9</sup> El 9 de junio de 1979, empezó a circular en la revista *Proceso* la noticia de que el responsable de las desapariciones y asesinatos ocurridos el Jueves de Corpus había sido Luis Echeverría Álvarez, y no Alfonso Martínez Domínguez. Véase Heberto Castillo, “La matanza fue preparada por Luis Echeverría”, en *Proceso. 40 años haciendo historia*, edición especial, 1976-2016, vol. 1, pp. 18-27.

Relaciones Exteriores en Israel, quienes al menos podrían orientarte en la materia. Lo demás lo hará tu larga experiencia periodística.<sup>10</sup>

A primera vista, la misiva de Rabasa parece una recomendación debido a que abunda en sutilezas. En primer lugar, el canciller le manifestó a Castellanos sus sentimientos de empatía y, en segunda, le recordó la *irrestricha libertad de prensa existente en México*. Sin embargo, da la impresión de que, cuando la invitó a seguir las gestiones *oficiales* y a recurrir a los encargados de prensa para que la *orientaran*, le dejó en claro que debía ceñirse a un protocolo. Entonces, la escritora estuvo sujeta a las reglas de la diplomacia. Ésa es una posible lectura de las palabras de Rabasa; otra es que, debido a que Castellanos no tenía experiencia diplomática, el Secretario quiso acordar con ella la manera en la que podía y debía conducirse en lo tocante a asuntos políticos polémicos. En cualquiera de los dos casos, se aprecia que, para Castellanos, convertirse en una intelectual diplomática implicó permanecer en una tensión constante entre la libertad y el silencio. Por un lado, gozó casi de las mismas concesiones que los periodistas y escritores mexicanos, pues tenía la oportunidad de usar un estilo irónico y un tono festivo, inusitados en el campo de poder, lo cual no era poca cosa. Pero, por otro, el cargo que ocupaba le impedía polemizar. Además, llama la atención que Castellanos nunca mencionara al Presidente entre sus superiores a los que admiró. Esto puede tener una repercusión política e histórica que vale la pena reflexionar. Desde el ángulo político, la omisión de la escritora hace pensar que pudo tener razones para no justificar, defender y orientar las acciones del gobierno, tal como años atrás defendió hasta sus últimas consecuencias la gestión del doctor Chávez en la rectoría de la Universidad. En realidad, no se conocen evidencias de que apoyara políticamente a Luis Echeverría. Por mi parte, me atrevería a decir, a la luz de sus editoriales, que sólo se limitó a desempeñar el cargo para el

<sup>10</sup> Archivo Genaro Estrada, Exp. SPR-717-4.

que fue contratada. Hecho que no debe soslayarse en un país en el que lo más cómodo y benéfico era apoyar a los poderosos y no a los disidentes. En lo que respecta al ángulo histórico, en sus textos literarios, Castellanos nunca lo identificó como un agente revolucionario, tal como lo hizo reiteradamente con el presidente Lázaro Cárdenas.

Ahora bien, una vez que he afirmado que no fungió como intelectual al servicio del poder, ya que no orientó ni justificó sus acciones, pero que tampoco actuó como intelectual autónoma, pues tenía que seguir las recomendaciones de no replicar, debo exponer qué clase de ejercicio intelectual efectuó. En primera instancia, llevó a cabo la función de intelectual académica que había sido defendida por Fernando Benítez en la polémica que se llevó a cabo en 1964, en el suplemento *La Cultura en México* de la revista *Siempre!*; la misma en la que Benítez le señaló a Víctor Rico Galán que los intelectuales no necesariamente tenían que producir periodismo contestatario para seguir realizando un trabajo crítico:

Otro error tuyo, producto de una simple deformación profesional, consiste en pensar que la militancia revolucionaria radica en el hecho de escribir un articulito semanario. Finges ignorar, sin duda por despecho, una circunstancia: que *los libros, el ejercicio de la cátedra, las conferencias, las tareas de difusión cultural* —es decir lo que constituye la parte esencial de nuestro trabajo—, también podían reflejar, aunque fuera débilmente, esa militancia revolucionaria que tú haces radicar en el milagro de poner un huevo colérico cada ocho días y cacarear luego sobre ese milagro hasta la próxima semana.<sup>11</sup>

Castellanos dejó de escribir editoriales contestatarios, pero siguió desempeñando *la parte esencial* del trabajo intelectual:

<sup>11</sup> Fernando Benítez, “La antropofagia: ¿Tu Quoque, Rico?”, en *Siempre!*, núm. 582, 29 de agosto de 1964, p. 11. Énfasis mío.



continuó dando conferencias, escribiendo libros e impartiendo una cátedra. Respecto a su actividad docente, importa mencionar que los temarios de sus cursos dan cuenta de que precisamente en ellos siguió emitiendo una visión crítica acerca de la historia de México y de la identidad del mexicano: *Pedro Páramo* (1955), de Juan Rulfo; *La muerte de Artemio Cruz* (1962), de Carlos Fuentes, y *Hasta no verte Jesús mío*, de Elena Poniatowska (1969); *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), de Samuel Ramos; *Análisis del ser mexicano*, de Emilio Uranga; *El laberinto de la soledad y su posdata*, de Octavio Paz; *En torno a la filosofía mexicana*, de José Gaos; *Conciencia y posibilidad del mexicano*, de Leopoldo Zea, y *Fenomenología del relajo*, de Jorge Portilla.<sup>12</sup> Estos textos, según Castellanos, le permitían llevar a cabo un análisis exhaustivo del horizonte nacional mexicano.<sup>13</sup>

Aunque no es posible saber qué aspectos enfatizó de los textos anteriores, el renombre de una cátedra que trascendió a su muerte es suficiente para saber que, dentro de los parámetros académicos de la Universidad Hebrea de Jerusalén, Castellanos fue una pensadora mexicana relevante. En ese sentido, habría que revalorar si la perspectiva que Castellanos dio acerca de Israel en sus editoriales literarios constituyen una valoración crítica de la sociedad, la historia y la política de su tiempo.

## **DE ISRAEL A MÉXICO: LA COMPRENSIÓN DE DOS NACIONES A TRAVÉS DEL USO LITERARIO DE LA PALABRA**

En el artículo “Justificación de la literatura”, publicado en 1956, Rosario Castellanos se preguntó: ¿qué es la literatura? Respondió diciendo que no podía contestar de una manera rotunda, ya que el literario es un fenómeno cultural que se sirve de recursos

<sup>12</sup> Véase Samuel Gordon, “Homenaje a Rosario Castellanos”, disponible en [<http://www.youtube.com/watch?v=DsREpN4oHRY>].

<sup>13</sup> Véase Rosario Castellanos, “El aula: una atmósfera respirable”, en *Mujer III*, p. 86.

filosóficos, lingüísticos e históricos para producirse y comprenderse.<sup>14</sup> Esa concepción literaria de la escritora se relaciona con los editoriales que redactó a modo de reseñas o de artículos culturales, y constituyen una aproximación de su visión política, religiosa y sociológica de Israel.

Por lo tanto, al hablar de una perspectiva crítica, primero es fundamental exponer cuál era la visión que Castellanos tenía acerca de la relación política entre México e Israel al inicio de su gestión. En su texto “Un factor de equilibrio: Israel descubre América”, del 17 de abril de 1971, la diplomática declaró que la convivencia positiva entre ambos países se debía a que México, junto con toda Latinoamérica, no tenía “puntos estratégicos que defender o que adquirir ni urgencias económicas que conquistar o que proteger”.<sup>15</sup> Esta circunstancia geográfica y económica colocó a América Latina en una posición privilegiada, pues permitía que mantuviera su objetividad en el conflicto árabe-israelí. Dicha objetividad no repercutía en ninguna forma de intervención, sino todo lo contrario: se mantenía al margen de las decisiones bélicas de otros países. Es muy importante considerar que Castellanos partió de ese punto, pues esto refuerza la idea de que sus colaboraciones periódicas en *Excelsior* no olvidarían nunca el pacto de no intervención.<sup>16</sup> Aun descartando la posibilidad de manifestar un punto de vista político, la escritora creía que seguía

<sup>14</sup> Véase Rosario Castellanos, “Justificación de la literatura”, en *Winik*, núm. 1, 1956, p. 16.

<sup>15</sup> Rosario Castellanos, “Un factor de equilibrio: Israel descubre América”, en *Mujer III*, p. 35.

<sup>16</sup> De acuerdo con César Sepulveda, la “función de la no intervención es proteger, a través de la correcta interpretación de las normas de derecho internacional, el principio básico de la soberanía del Estado, supuesto fundamental de la comunidad universal. Se trata de un mecanismo doctrinal, para precisar los límites externos de la influencia permisible que un Estado puede ejercer sobre otro en el orden internacional y para atenuar la desigualdad de poder entre naciones. Corresponde a América Latina, y particularmente a México, el honor de haber encabezado la lucha contra la práctica nociva de la intervención”. Véase “Alcances de la no intervención como norma legal

teniendo un problema para presentar a Israel. Su riqueza arqueológica, religiosa, política, étnica, lingüística, histórica, etcétera, volvía sumamente difícil dar una imagen íntegra de esta nación, a todas luces, inagotable:

[...] cada milímetro de tierra son siglos de historia y vestigios desde las civilizaciones más antiguas que han dejado su huella en la memoria de la humanidad hasta signos de las tentativas más modernas para comprender y modificar y habitar el mundo. Y la variedad de los paisajes y uno los está mirando, a sabiendas de que es necesario volver porque se sabe que se ha rozado la superficie y de que escaparon tantos detalles importantes, tantas cosas que otros han visto y de las que hablan en sus comentarios y que señalan en las guías pero que uno no alcanza a advertir porque la atención es reservada por los estímulos que asaltan, porque se está recibiendo más de lo que se puede, lícitamente, absorber.<sup>17</sup>

Mucho antes de que Castellanos estuviera en Israel, se planteó lo mismo, y una de las opciones que le ofreció el escritor y diplomático José Luis Martínez fue leer a Flavio Josefo. A la mexicana la sugerencia no le pareció satisfactoria, pues tanto la historia escrita por ese historiador como la Biblia eran opciones que exponían la vastedad de grandes épocas, y no una visión del presente que comprendiera el pasado. Luego de una amplia búsqueda, encontró las novelas *Ayer y anteayer* (1969) y *Huésped para una noche* (1938),<sup>18</sup> de Shmuel Yosef Agnon. La primera trata de un joven judío nacido en Europa, quien, entusiasmado por las ideas sionistas, decide regresar a la tierra prometida sin contar

---

internacional”, en *Revista Mexicana de Política Exterior*, disponible en [<https://revistadigital.sre.gob.mx/images/stories/numeros/n46/sepulveda.pdf>].

<sup>17</sup> Rosario Castellanos, “La cultura en Israel: tentativas de aproximación”, en *Mujer III*, p. 41.

<sup>18</sup> Físicamente no he localizado los originales de estas novelas, pero, de acuerdo con las versiones que encontré en Internet, éstos son los años que corresponden a las primeras ediciones.

con que, durante más de medio siglo, sus contemporáneos se habían dedicado a cuestionar consagradas costumbres del pasado y el presente judío. Después de relatar esta parte conflictiva del argumento de la novela, Castellanos introdujo un dato de la realidad vivida que se contraponía con la ficción. Trajo a colación a Theodor Herzl, teórico del sionismo,<sup>19</sup> quien propuso que el trabajo era la forma de materializar un sueño. Sin cuestionar abiertamente el lema del líder, Castellanos volvió a la anécdota narrativa como si quisiera poner de relieve la inviabilidad de la propuesta sionista. Trabajar para conquistar un sueño proponía retos que iban más allá del desgaste físico:

Y ese sitio al que se arriba parece como soñado por Kafka. El ritmo de la existencia es lento, el proyecto de vida utópico. Se soñaba con las labores del campo, con la energía íntegramente dedicada a hacer fecundo el desierto, inofensivo el pantano, comparable al Jardín del Edén el paisaje.

Pero ocurre que el campo, si es bueno, tiene dueño. Y el dueño ni admite intrusos ni necesita peones. Pero, contra lo que reacciona de manera violenta, es contra las nuevas ideas que los intrusos y los peones quieren meterle en la cabeza.<sup>20</sup>

En la Palestina de Agnon, el judío no es más que un intruso. Por eso, Itsajk, el protagonista de *Ayer y anteayer*, pasa privaciones, y, cuando por fin se decide a regresar al lugar de donde provino, nunca se lo perdona. Al final de su reseña, Castellanos señaló qué lugar ocupaba el momento novelado por Agnon en la

<sup>19</sup> José Martínez Carreras apunta que el sionismo “toma su nombre del hebreo Sión, que designa la colina de la parte NE. de Jerusalén sobre la que fue construida la ciudad y sobre la que se encontraba el templo de Salomón, que llegó a ser el símbolo de esta ciudad santa, y es expresión creada en 1886 por N. Birnbaun para caracterizar este movimiento judío mundial que tenía como finalidad la reconstrucción de una patria nacional judía en Palestina”. Véase *Orígenes del problema de Palestina*, Madrid, Arco Libros, 2002, pp. 16-17.

<sup>20</sup> Rosario Castellanos, “Agnon en Nepantla”, en *Mujer III*, p. 57.

mentalidad de las generaciones israelíes de 1970: “[lo] consideran como definitivamente superado y sustituido por otro: el de la afirmación de una nacionalidad y de un pueblo que no renuncia a su derecho de existir y a manifestarse de un modo peculiar”.<sup>21</sup>

¿A qué modo peculiar de manifestarse se refirió la escritora? Quizá tuvo en mente a un sector concreto de la población, el fundador del Estado judío que, primero, consagró la palabra para preservar su memoria y, luego, para reorganizarse. No por casualidad, Castellanos identificó a la palabra —el hebreo— como el ámbito que reunía los valores religiosos, políticos e históricos del pueblo judío. (Tampoco por casualidad, la palabra —emanada de cualquier contexto— fue el leitmotiv de los ensayos escritos por Rosario Castellanos en Israel.)

Obsérvese, por ejemplo, su ensayo “Poesía hebrea moderna”, del 4 de julio de 1971, el cual no es un sumario de poetas hebreos, sino un excursus sustancial en el que la escritora se admiró del celo con el que los judíos de la diáspora<sup>22</sup> conservaron el hebreo durante más de milenio y medio. En la primera parte de su recapitulación, Castellanos se admiró de que, aun cuando el judío era un pueblo perseguido y vencido a ojos de los extraños, se determinó a proteger su lengua. Con ese dato, la poeta dio a entender que los judíos solían guiarse por una visión religiosa en la que la noción de *destino* era fundamental; por tanto, se cuidaron de olvidar o modificar su lengua:

Las discusiones entre rabinos acerca de la propiedad de un vocablo y de su sentido exacto podían prolongarse durante siglos. No era su prestigio personal el que estaba en juego. Era la memoria de sus

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>22</sup> En relación con el concepto *diáspora*, Bernardo Sorj afirma que el significado más elemental de la palabra se relaciona con los movimientos de emigración o de “etnias desterritorializadas”. Véase “Diáspora, judaísmo y teoría social”, en *Revista de Cultura y Religión*, vol. 1, núm. 1, 2007, p. 2. La diáspora judía se refiere concretamente a la dispersión el pueblo judío por todo el mundo.

ancestros; era la interpretación de las profecías; era la adivinación de las profecías que daban la orientación respecto al porvenir e iluminaban el pasado. Con lo cual era comprensible y soportable el presente.<sup>23</sup>

Planteada así la conservación de la lengua, se nota que en los primeros siglos de la diáspora judía el hebreo se sostuvo de un valor espiritual: la fe. Sin embargo —afirma Castellanos—, con el paso de los años, cuando el gueto sufrió la influencia de las corrientes culturales de Europa, el hebreo dejó de ser una palabra principalmente religiosa y empezó a emplearse en cartas, tratados, contratos y poemas. Al usarse en estas formas, adquirió un sentido secular y se volvió el precedente de un uso legal y estético. Favoreció nada más y nada menos que la constitución del Estado israelí:

[...] era el habla donde los judíos dispersos por el orbe iban a establecer un lugar común de encuentro, una fórmula de cohesión. Pero la idea del establecimiento de este lugar común no nació de manera fortuita ni abstracta sino que fue la respuesta a una serie de circunstancias políticas. Y su nacimiento fue simultáneo al de la idea de la restructuración del Estado judío y al retorno de la patria de origen.<sup>24</sup>

Castellanos —de la mano de Ramón Díaz, investigador del Departamento de Lenguas Romances de la Universidad Hebrea de Jerusalén— estudió el trayecto obligado, esperanzado y doloroso que los judíos tuvieron que pasar para volver a su patria. Así, puso de relieve que la primera inmigración a Jerusalén se dio en 1881, después de *sangrientas violencias antisemitas*. En cambio, la segunda (1905-1914) se dio de manera más razonada. Un grupo de escritores fundó, en Yaffa, el diario *El Joven Trabajador*; por

<sup>23</sup> Rosario Castellanos, “Poesía hebrea moderna”, en *Mujer III*, p. 63.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 64.

primera vez se expresó un sentimiento nacionalista que invitó a los judíos a retornar, en nombre de la justicia, del trabajo y del arraigo, a un lugar que, de acuerdo con la memoria que se empeñaron en preservar, les pertenecía.

Después de su amplio excursus histórico, al final de su ensayo, significativamente, Castellanos llegó a la misma conclusión que en su reseña sobre Agnon. El regreso de los judíos a la tierra prometida les provocaba cierta desazón: “Les era propio y, al retornar a él, les resultaba —paradójicamente— ajeno”.<sup>25</sup> Pareciera que la insistencia de la escritora en presentar un mismo síntoma social empezó a esbozar un punto de vista valorativo sobre la necesidad de un pueblo de aferrarse a una tierra a pesar de considerarla ingrata. De ahí que sea valioso tomar en cuenta que, aunque al final de su texto se enfocó en un problema literario, dejó ver que la literatura no escapaba a la realidad política de ese momento. Señaló que el poeta podía recurrir a la épica para representar la lucha como el acto fundacional de una nación, pero que, al elegir el idioma en el que habría de expresarse, elegía inevitablemente una lengua marcada con una expresión política: “Sólo que los poetas hebreos, contemporáneos o sucesores de Bialik, no eran ingenuos sino que heredaban múltiples tradiciones. Y si, por una parte, los solicitaba lo inmediato para ser reducido a palabra, por la otra esta palabra les presentaba una serie de problemas técnicos que eran, simultáneamente, políticos”.<sup>26</sup>

Esta idea de la heterogeneidad cultural, religiosa y política, Castellanos la redondeó en su editorial “El ladino: idioma en pañales”, del 14 de diciembre, en donde habló con mayor amplitud de la relación entre los antecedentes históricos, las procedencias geográficas, los estratos socioculturales y las visiones de mundo que los judíos adoptaron durante su peregrinaje. Por lo menos había dos tendencias ideológicas predominantes en función de la procedencia de los judíos: el *ashkenazi* —habitante de Europa

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 66.

y de Estados Unidos— y el *sefardí* —habitante de comunidades orientales—:

El sefardí opone a la ciencia la sabiduría; a la medición escrupulosa del tiempo, el sentido de la eternidad; a la acción, la contemplación; a las normas políticas, la moral privada; a la abstracción de las instituciones, la persona en que descansa la autoridad; a la generalidad omnicomprendiva de las ideas, las particularidades únicas de cada caso que exige también un juicio único; a la personalidad del individuo, los intereses de la tribu; a la felicidad, la voluptuosidad; a la religión, la mística; a la libertad, el orden; a la justicia, la fuerza; a la comprensión, la crueldad; a la investigación, el éxtasis; al amor, la pasión; a la ley, la sangre; a los estados de ánimo, los instintos; a las dudas, el dogma; a las racionalizaciones, la respuesta elemental.<sup>27</sup>

¿A dónde quería llegar la escritora al plantear estas diferencias? En primer lugar, a establecer una relación evidente entre la lengua y la ideología. Esta asociación, a su vez, le permitía presentarles a sus lectores mexicanos la diversidad y la complejidad del pueblo judío, y, pese a sus diferencias, llegaron a reconocer “que eran hermanos en el ámbito de Palestina”.<sup>28</sup> En segundo, a dar un ejemplo de tolerancia. Para Castellanos, este valor debía ser conocido en México, un país que, si bien como nación estaba mejor consolidada que Israel y si bien no padecía constantes amenazas de guerra: “Al disidente, al heterodoxo, al violador de las normas [...] le depara la exclusión de la sociedad por cualquiera de los medios que ésta dispone para mantenerse incontaminada y pura: desde el ninguneo más rudimentario hasta el más elocuente

<sup>27</sup> Rosario Castellanos, “El ladino: idioma en pañales”, en *Mujer III*, pp. 127-128.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 128.



señalamiento con índice de fuego a los traidores; desde la ‘ley del hielo’ más subjetiva hasta el aniquilamiento físico total”.<sup>29</sup>

A partir de lo anterior, se puede apreciar que, si bien Castellanos no escribía editoriales contestatarios, durante los primeros años de su llegada a Israel presentó, a través de la literatura, un panorama complejo de la realidad israelí. Además, en ocasiones importantes, esa realidad le sirvió para seguir pensando los aspectos que México debía seguir mejorando política, civil e intelectualmente. Por ejemplo, cuando se suscitó la polémica “México: los escritores y la política” entre los colaboradores del suplemento *La Cultura en México* y los de la revista *Plural*,<sup>30</sup> Rosario Castellanos publicó el texto “El escritor y el poder: un delicado equilibrio”. En la primera parte del editorial, habló de un conflicto interno entre los aldeanos árabes habitantes de los poblados de Bir’im e Ikrit y las autoridades, representadas por la primera ministra Golda Meir. Asimismo, mencionó a un grupo de escritores que decidieron interceder ante el Estado para defender a los aldeanos. Quiso señalar que, si bien no lograron establecer un acuerdo entre las autoridades y el pueblo, insistieron en seguir deliberando acerca del mismo problema en los medios masivos de comunicación. En mi opinión, la escritora no comenzó hablando de este caso por simple casualidad, se interesó en él porque se trataba de un activismo razonado y organizado a través del diálogo, y, además, de un conjunto de intelectuales movidos por una noción de poder bien proporcionada:

Desde luego [el poder] no es una potencia misteriosa a la cual unos cuantos iniciados tienen acceso y que se manifiesta de una manera arbitraria e imprevisible en quien lo detenta y que es capaz de fulminar o exaltar a quien le sirve de súbito. Si así fuera ni los escritores se habrían atrevido a pedir una explicación que se les

<sup>29</sup> Rosario Castellanos, “Nacionalismo y tolerancia: prudencia hoy, victoria mañana”, en *Mujer III*, p. 90.

<sup>30</sup> Esta polémica se desarrolló en los meses de agosto y octubre de 1972.

debe en tanto que intelectuales sino en tanto que simples ciudadanos ni, mucho menos, la autoridad habría condescendido a dar razón de sí. El déspota no es razonable: el despotismo prospera en un clima de completa irracionalidad en la que la mera insinuación de la crítica puede acarrear consecuencias fatídicas.

No. Un acto como este al que me estoy refiriendo supone una concepción estrictamente humana tanto del poderoso como del intelectual. Y supone, además, la creencia de que el lenguaje es un vehículo de entendimiento que puede recorrerse en dos sentidos. No se formula con el lenguaje ni el ucuse inapelable ni el monólogo inaudible. Se establece, en cambio, el diálogo.<sup>31</sup>

Indirectamente, Castellanos evocó la noción desproporcionada de poder de la élite cultural autónoma mexicana que rechazaba establecer un intercambio con los hombres de poder en un tiempo en el que los poderosos estaban “abiertos” al cuestionamiento, a la interpelación y a la crítica.<sup>32</sup> Pensar en la ejemplaridad israelí le sirvió a Castellanos para atender un tema que en esas fechas era muy debatido en México. Quizá decidió tratarlo indirectamente, porque, además de que no tenía permitido replicar, tal vez no fue invitada a participar en el debate. Entonces, su única alternativa era aprovecharse de dicha ejemplaridad. Con ese motivo, señaló que no había forma de que un escritor se corrompiera por acercarse a los poderosos, ni de que la corrupción y el autoritarismo pudieran imponerse a personas con convicciones sólidas. Para comunicar su comprensión acerca de la fuerza

<sup>31</sup> Rosario Castellanos, “El escritor y el poder: un delicado equilibrio”, en *Mujer III*, p. 212.

<sup>32</sup> Aun cuando la política de apertura democrática careció de efectividad, sí marcó una gran diferencia entre el sexenio de Díaz Ordaz y el de Luis Echeverría. El mismo Cosío Villegas sostuvo: “Nadie puede dudar de su existencia [del espíritu democrático] ni tampoco de su encendido valor, sobre todo si se contrasta la situación actual con la inmediata anterior, durante la cual para decirlo con marcada benevolencia, resultaba ingrato hablar y escribir para el público”, *op. cit.*, 1974, p. 112.

desmedida que los intelectuales les daban a las autoridades —sin replicar abiertamente—,<sup>33</sup> Castellanos representó a los hombres de poder como seres mágicos: “Éstos, por su parte, encarnan una fuerza ciega e inconsciente. Son criaturas fascinantes y peligrosas. Fascinantes porque su operación altera, de un modo evidente, la realidad. Peligrosos porque esa alteración se produce sin tener en cuenta las aspiraciones últimas y esenciales de la humanidad; aspiraciones que el escritor expresa y muestra en su obra”.<sup>34</sup> Significativamente, Castellanos se sirvió de una imagen desproporcionada para llevar al absurdo la idea de que cualquier acercamiento con los políticos podía deformar una obra poseedora de un punto de vista estético, ético y humano. Si, además de considerar esa imagen, tomamos en cuenta el tono severo usado por la autora, da la impresión de que se imaginó al intelectual “autónomo” como un cobarde y un esnob, predispuesto siempre a menospreciar a los demás y a vanagloriarse:

Por lo pronto, es el depositario ya no digamos de la verdad absoluta que es lo natural tratándose de lo que se trata sino también de una especie de pureza que como la del armiño, tiene que preservarse evitando el mínimo contacto con los manejadores de la cosa pública.

[...]

Porque suele ocurrir que se está mucho más dispuesto al martirologio que al intercambio de ideas. Porque jamás se ha supuesto que “el otro” tiene ideas. Impulsos, pálpitos, caprichos. Pero ideas no. Datos estadísticos, puede. Y aun eso que se llama “sentido de la realidad”. Pero no ideas. Y mucho menos, muchísimo menos, ideales. Son patrimonio del que escribe.<sup>35</sup>

<sup>33</sup> Es interesante que a Fuentes se le haya permitido polemizar abiertamente durante toda su gestión diplomática y a Rosario Castellanos no. Seguramente, no representaba lo mismo replicar en Medio Oriente que en Francia.

<sup>34</sup> Rosario Castellanos, “El escritor y el poder”, en *Mujer III*, p. 213.

<sup>35</sup> *Ibid.*, pp. 212 y 213.

Sin duda, todas estas alusiones a la intelectualidad hegemónica intentaron combatir contra las declaraciones que iban en detrimento del prestigio de los intelectuales que aceptaron cargos en el gobierno, aun cuando se trataba de puestos de tipo administrativo-cultural. No por casualidad, Castellanos se refirió a las críticas lanzadas en contra de todos ellos: “Que, si alguna vez, asiente, está vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas. Que si se aproxima al hombre de autoridad se retira contaminado de ella”.<sup>36</sup> A su juicio, ese temor desmesurado era sumamente perjudicial, pues impedía que se diera la discusión en una época y en un terreno político que la exigía: “Ilusión, nada más, gentil narcótico’ que decía Gorostiza. Pero un narcótico que *ha producido el marasmo de los que deberían de ser interlocutores y hacen del agora el desierto en el que claman voces sin respuesta*”.<sup>37</sup> En su opinión, el intelectual no podía darse el lujo de negarse a dialogar con el hombre de autoridad, porque había muchos asuntos públicos que debían discutirse. Más bien, lo que hacía falta era abstenerse de fantasear respecto a la grandeza de su inteligencia y al poder descomunal de la corrupción. Pensar la palabra como un instrumento más modesto y accesible a los demás: “¿Por qué no dejamos un poco en paz nuestros mitos y nos atenemos a lo que somos? No demonios porque hemos empuñado la vara, ay, a veces tan raquítica del mando. No deidades redentoras sólo porque nos hemos enfrentado al abismo vertiginoso de una página. Personas. Con uso de razón. Con el don de la palabra. Quién quita y discutiendo se haga la luz”.<sup>38</sup>

Volviendo a la revisión de la historia y a los valores ejemplares de la cultura israelí, las distintas experiencias que Castellanos tenía, en un país tan proclive al conflicto, la llevaron a estimar, mucho más, la pertinencia de la palabra y la lucidez en situaciones adversas. Por eso, la mayoría de los títulos que eligió para

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 213.

<sup>37</sup> *Ibid.* Énfasis mío.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 213-214.

hablar de algunos de los momentos más ríspidos de la historia de Israel, como el referente a la masacre en Múnich, titulado “Ni odio ni histeria: el estéril estallido emocional”, le sirvió para hablar de la calma:

[...] a mí me hablan de México desde tres canales de televisión para que les diga cómo está el ánimo de la gente. Consternado, sí y más a medida que los acontecimientos se van desarrollando y que el optimismo del gobierno alemán para el rescate de los rehenes resulta infundado.

Y más cuando se sabe el desenlace.

Consternación, averiguación. ¿Quiénes son los responsables que tan mal han respondido? ¿Cómo puede evitarse en lo futuro una desgracia semejante? Y objetividad. No incitación al odio ni histeria. Es un asunto serio y que se toma muy en serio. Los sentimientos están regidos por la razón y lo que más importa es conservar la lucidez. Para actuar, cuando hay que actuar, sin vacilaciones, con eficacia.

De todas las lecciones que pueden enseñarnos otros pueblos ésta me parece muy importante.<sup>39</sup>

Tal vez la forma de responder de Castellanos con desenfado y serenidad pueda parecerle a algunos lectores una actitud calculada políticamente. Sobre todo, si se toma en cuenta que uno de los comportamientos constantes de los gobiernos priístas y de sus servidores consistía en infundir tranquilidad en los tiempos en los que cundía la incertidumbre. Para entender el punto de vista de la escritora, habría que conocer su perspectiva sobre los antecedentes de los habitantes del pueblo judío. Dicha perspectiva prueba que, cuando Rosario Castellanos hablaba de la consternación calmada y razonada de todo un pueblo, no pretendía falsear la realidad. Lo que sucede es que tanto los gobernantes como los gobernados

<sup>39</sup> Rosario Castellanos, “Ni odio ni histeria: el estéril estallido emocional”, en *Mujer III*, pp. 221-222.

actuaban como si la serenidad fuera el único estado que les hacía tolerables la violencia y el peligro constantes —otras actitudes no les daban margen ni a la vida ni a la lucidez.

## DE LO PARTICULAR A LO GENERAL: LAS CUALIDADES DE ESTHER

### O LOS VALORES DEL PUEBLO JUDÍO

Castellanos no siempre comunicó la tenacidad israelí mediante sucesos generales. A veces, de un modo inductivo, presentó un caso para mostrar de manera más directa circunstancias, valores y cualidades del pueblo judío. Así lo muestra el editorial “El perfil de Esther: el dolor y la esperanza”, publicado el 30 de septiembre de 1972. En este texto, la escritora se enfocó en Esther, su secretaria en la embajada; sin embargo, si se aprecia tanto el inicio como el desarrollo del editorial, se nota que su situación era emblemática de una nación. Ella representaba la fuerza de los sobrevivientes al holocausto para reponerse del dolor, para peregrinar por el mundo y para permanecer en la tierra que les fue prometida, a pesar de las adversidades. Prueba de esto es que Castellanos observó que en ella se sintetizaban las cualidades del pueblo judío es su declaración respecto a que su lectura de la Biblia le permitió entender los atributos admirables de un Estado político real y de sus gobernados:

[...] la palabra, hizo de la *Biblia* una de mis lecturas básicas, por afinidad; una de las influencias literarias conscientemente buscadas y constantemente mantenidas. Eso antes. Y ahora, además un factor definitivo para entender un Estado político que tiene veinticinco años de existencia; un cauce para que fluya la simpatía hacia una cultura que tiene cinco mil años de historia.

La *realeza* de David, la *sabiduría* de Salomón, la *obediencia al misterio* de Abraham, la *docilidad* de Ruth, el *heroísmo* de Judith, se mueven a ras de lo concreto.

[...]

Sin todos estos antecedentes ¿cómo me habría sido posible apreciar a Esther Levi?<sup>40</sup>

Realeza, sabiduría, obediencia al misterio, docilidad y heroísmo eran la serie de valores que, vividos como algo real, acompañaron a un pueblo destinado a soportar pruebas difíciles. Y, entendidos como historia épica, explicaban la serie de principios nacionales que le infundían a la gente fuerza para superar el pasado y esperanza para afrontar el presente. Sin esos antecedentes, Castellanos no se explicaba la serenidad de Esther: “no era el pasado lo que me intrigaba sino el perfecto equilibrio de su presente”.<sup>41</sup> Con base en lo anterior, considero que se sostiene mi propuesta de que en un caso representativo se observaba la realidad de otros israelíes que le enseñaron a Castellanos a entender y a expresar con mesura y calma la realidad de un Estado en pie de guerra.

De alguna manera, las enseñanzas del pueblo israelí y la admiración que la escritora sintió por él, al igual que las reglas diplomáticas, influyeron en la escritura de sus editoriales. Se mantuvo a tono con ellos, pues jamás se permitió manifestar horror o indignación desmesurada. No obstante, respetó la norma de no replicar *hasta cierto punto*. Hubo ocasiones en las que se permitió manifestar discretamente su desacuerdo. Esas veces recurrió a estrategias para suavizar su mensaje y a argucias en las que, al tratar una anécdota, aprovechó para reflexionar sobre asuntos serios de la vida religiosa judía. La escritora dio cuenta de esto a través de un comentario desenfadado:

Ya se sabe. Cada vez que me siento a escribirle me dejo llevar por el *espíritu de divagación*. No intento nunca llegar directamente al *punto central*. Por otra parte ¿cuál sería ese punto central sino el mero placer de un *diálogo imaginario*, de un momento de sentirse

<sup>40</sup> Rosario Castellanos, “Perfil de Esther: el dolor y la esperanza”, en *Mujer III*, p. 223. Énfasis mío.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 224.

o de saberse, acompañado y acompañante? Y, a la postre, resulta que entre un suceso y otro van apareciendo las relaciones, van estableciéndose los contactos, van haciéndose los *nudos*.<sup>42</sup>

En mi opinión, el fragmento anterior marca los momentos de desarrollo de sus textos. Acerca de ellos vale la pena preguntarse: ¿entre qué elementos estableció contactos y qué clase de nudos formuló? En realidad, el recuerdo de una anécdota y el tono conversacional en el desarrollo del texto se modifican: la anécdota se cuenta con tal grado de concierto que pasa del relato de un recuerdo personal a la exposición de una preocupación social. Y el tono desembarazado adquiere el sentido de una protesta contundente. Es significativo que, en este mismo editorial, en donde habló de la estructura de sus textos, haya revelado que al final siempre exponía un nudo, que puede entenderse como un problema relevante. Nótese que, al principio de este editorial, recordó cuando le presentaron al profesor Jaim Beinart, una autoridad en cultura hispánica en la Universidad Hebrea de Jerusalén, y de la segunda vez que lo encontró en la casa de Esther Solay-Levy y le regaló el libro *Los comienzos del judaísmo español*. En mi opinión, éstos le sirvieron a la escritora como un pretexto para introducir un tema más serio. No fue casual que su atención se “desviara” de la explicación de las cualidades de Esther hacia los argumentos del libro de Beinart que defendían la inocencia del pueblo judío:

Leyéndolo descubro que esta fuerza que Esther toma de su linaje no es un fenómeno aislado sino que ha sido una actitud colectiva y de defensa. La necesidad de encontrar respuesta a dos preguntas (dice el profesor Beinart). “¿Cuándo llegaron vuestros antepasados para establecerse en nuestro país? Y ¿Cuáles son vuestros

<sup>42</sup> Rosario Castellanos, “Los judíos inocentes: concordia, no intolerancia”, en *Mujer III*, p. 307. Énfasis mío.



derechos? Fue lo que impulsó a los judíos a evidenciar un interés en su pasado.

“Cuanto más profundicemos y estudiemos la razón de la insistencia en suscitar este problema del origen más claramente veremos que ello suele ocurrir en vísperas de un vaivén violento en la historia de la comunidad judía dada... La determinación de la fecha de la llegada de los judíos a España está ligada, en cierto modo, al empeño de determinados círculos de desembarazarse de la acusación de haber crucificado a Jesús... En el fondo, no parece existir diferencia fundamental entre haber llegado durante la destrucción del primer Templo, por Nabucodonosor, o más tarde puesto que lo que importa es que el arribo hubiera tenido lugar antes de la crucifixión de Jesús... Ése era el modo terminante de refutar la acusación que en el siglo xv, y en especial, en los días que antecedieron a la expulsión, se voceaba sin cesar lo mismo contra conversos que contra judíos. Los judíos de Toledo —argumenta el cronista— nada tuvieron que ver con la crucifixión de Jesús”.<sup>43</sup>

Mi intención de repetir una cita tan extensa es mostrar cómo la escritora se fue alejando de lo anecdótico y, al final, se acercó a un asunto medular. Los fragmentos citados por ella y sus respectivas glosas fueron escritos con el propósito de empezar a defender la inocencia judía. Sin embargo, como ella bien señaló, al llegar al punto central, en donde se sentía “acompañada y acompañante”, volvió a invertir el procedimiento y regresó al momento en el que se enfocaba en ella, pero esta vez su tono se tornó inflexible y su crítica más seria:

[...] ¿cómo me parece esta tesis que, tan tranquilamente me tragué junto con la hostia de mi primera comunión? ¿Matar a un Dios y pagar esa culpa con el exilio perpetuo, con el rechazo, con las persecuciones, con las torturas, con el genocidio? Me parece desde mi perspectiva actual, un escándalo por su irracionalidad

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 308.

cruel, una fábula —como todas las que se cuentan a los niños, insensata—, una conseja de edades oscuras.<sup>44</sup>

Nótese que, en definitiva, la autora abandonó su supuesta divagación y elaboró una queja en contra del adoctrinamiento manipulador de una Iglesia que hacía comulgar a sus fieles en el repudio hacia una población específica. Ahora bien, volvió a tratar el problema de lo particular a lo general, porque su experiencia era la de muchos, pero, además, porque era actual. En esas mismas fechas, se seguía discutiendo la vigencia del delito de deicidio cometido por el pueblo judío. Mientras que la facción del Concilio Ecuménico se atrevía a declarar que se podía seguir acusando a la población judía de un tiempo y un espacio precisos, el Episcopado francés la absolvía del delito de deicidio. Pero esta divergencia no fue lo que preocupó más a la escritora, sino la reacción de sus compatriotas ante la declaración compasiva de los franceses:

Y las repercusiones: recibí de México una furibunda carta de alguien que se obstinaba en mantener la postura tradicional sobre este asunto.

Yo no sabía ante que pasarme más: si ante los retorcidos argumentos, si ante la ceguera del odio del redactor, si ante su caprichosa ortografía o si ante su desaforada pretensión de que yo entregara una copia de tal engendro a la Knesset (para que allí como asamblea magna que es, se le diera lectura) y otra a la Casa del Escritor para que alcanzara su mayor difusión entre los círculos intelectuales.<sup>45</sup>

Una sola carta le bastó a Castellanos para identificar las repercusiones que había en México, para reprobear públicamente un celo oscurantista y para evitar, así, que otros volvieran sobre el mismo empeño. Éste no fue el único editorial en el que se apegó

<sup>44</sup> *Ibid.*

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 309.

*hasta cierto punto* a las pautas que le marcaron la diplomacia y el público. En editoriales subsiguientes, la introducción centrada en su vida personal y el encadenamiento de otros nudos, al final, le sirvieron para apuntar asuntos neurálgicos.

## **ALUSIONES Y ELUSIONES: DISENTIMIENTO**

### **RESPECTO A LAS ACCIONES DE GUERRA**

El 27 de octubre de 1973, la escritora dio otro ejemplo de delicadeza valorativa en su ensayo “Una botella al mar: apuntes de Yom Kippur”. En él, reiteró declaraciones que ya había manifestado en otros ensayos: la exposición de su inexperiencia en conflictos bélicos y la consigna de mantener una actitud discreta; la diferencia fue que mostró un rostro menos amable de Israel. El editorial inicia con una atmósfera doméstica que, en vez de servirle para atenuar la gravedad de las circunstancias, muestra en qué medida se ignoraba la inminencia de la guerra. No había noticias de que los ejércitos sirio y egipcio avisaran alguna irregularidad. La población estaba concentrada en celebrar el Sabbat<sup>46</sup> y el Yom Kippur.<sup>47</sup> En

<sup>46</sup> Significa día de reposo. Comienza el viernes en la tarde y concluye el sábado en la noche. David Ben Gurion promulgó una ley para garantizar su celebración. El objetivo de esta norma era reforzar el carácter judío del Estado y fomentar la integración de una sola identidad nacional. Véase Élisabeth Roudinesco, *A vueltas con la cuestión judía*, Barcelona, Anagrama, 2011, s/p, disponible en [<http://assets.espadf.net/book/a-vueltas-con-la-cuestion-judia/>].

<sup>47</sup> El 6 de octubre se celebró la fiesta de Yom Kippur, que obligaba a los judíos a ayunar todo el día. Si bien la guerra comenzó en esa fecha, sus antecedentes fueron las masacres en el aeropuerto de Lod y en Múnich. Tanto estos atentados imprevistos como el inicio de un combate bélico durante un día de descanso sagrado cumplieron los objetivos de exponer la vulnerabilidad israelí, golpear su política interna y su estabilidad económica. Al inicio del combate, el frente sirio y el israelí tuvieron grandes pérdidas, pero, a medida que avanzaron los días, los israelíes empezaron a vencer y a tomar las grandes ciudades egipcias y de Damasco. Entonces, el Consejo de Seguridad de la ONU consideró que la guerra estaba evolucionando de un modo muy peligroso y ordenó el alto al fuego el 22 de octubre. Véanse Jorge Patricio Ciliberti, “Cronología del conflicto de Yom Kippur (1973)”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2003, pp. 15-

verdad, nadie sospechó los hechos que se avecinaban: “No va a pretender que yo, que apenas tengo dos años y medio de marquesa y comienzo a aprender a mover el abanico, adivinara [...] que todos estábamos a punto de protagonizar un momento histórico”.<sup>48</sup>

En medio de ese ambiente impactante, la escritora reveló algo sorprendente tomando en cuenta su gravedad: que la embajada no tenía listo un refugio antiaéreo. Además, se refirió a un hecho que resulta llamativo porque implica una contradicción: dijo que no se podía revelar todo lo que se sabía, como si no fuera más inquietante comentar que había información reservada: “Mientras tanto en la casa Gabriel contesta por teléfono las preguntas de un reportero de Jacobo Zabludovsky. Habla de los rumores que ha escuchado, de los boletines en hebreo. Espero que no haya sido *indiscreto* ni *imprudente*. Lo que lo indigna”.<sup>49</sup> Estas declaraciones indican que el desencadenamiento de la guerra desbordó un poco a la escritora.

Ese desbordamiento pudo relacionarse con su inexperiencia bélica, pero también con la familiaridad que desarrolló al convertirse en habitante de Israel. Tal vez, por esa misma razón, a lo largo del texto, manifestó dos puntos de vista: el personal y el laboral. Sus vínculos amistosos, de trabajo y vecinales la volvieron cercana a la fuerza humana que iba a combatir por su nación: “Por radio avisan en clave a quienes han de presentarse en un sitio determinado de reunión. No hay casa israelí de la que no salga un hijo, una muchacha, un hermano, un padre. Para mí ya no son anónimos”.<sup>50</sup> No obstante, ni su cercanía ni su desconcierto le impidieron emitir un juicio de desaprobación respecto a la reacción bélica:

21, y Aníbal José Maffeo, “La guerra de Yom Kippur y la crisis del petróleo de 1973”, en *Revista de Relaciones Internacionales*, núm. 25, 2003, pp. 2-6.

<sup>48</sup> Rosario Castellanos, “Una botella al mar: apuntes de Yom Kippur”, en *Mujer III*, p. 361.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 363. Énfasis mío.

<sup>50</sup> *Ibid.*

[...] ¿sabe usted en qué estoy pensando? En que los judíos, que se han considerado desde siempre el pueblo del Libro; en que quizá el factor de unidad más importante en Israel lo está constituyendo la lengua hebrea. Y en que es una ironía muy amarga que quienes dan una importancia tan fundamental a la palabra no dispongan del diálogo como un medio de entendimiento con sus vecinos. Porque es así, vecinos, como oficialmente se llama a los árabes. Quienes ahora, aunque quisieran, no pueden escuchar. El ámbito de resonancia de la Sabiduría está lleno del sonido y la furia de la guerra.<sup>51</sup>

Ésta es la primera vez que Castellanos opinó, de manera personal, acerca del enfrentamiento entre israelíes y árabes. La primera en la que dejó ver que un pueblo sumamente racional también sabía subordinar su buen juicio al poder de la fuerza armada. Después de esta declaración, sin duda, los lectores debieron esperar que la escritora siguiera pronunciándose respecto a la oportunidad de dicha guerra. Sin embargo, eso no ocurrió. El 10 de diciembre de 1973, rectificó las impresiones mostradas en su editorial anterior: “Releídas ahora, bajo la perspectiva de los acontecimientos actuales, el texto me parece de lo más melodramático”.<sup>52</sup> De hecho, aportó datos para contrarrestar las imprecisiones e incertidumbres que planteó. En cuanto al país, mencionó que la mayor muestra de que el conflicto estaba bajo control era el regreso de los niños a la escuela. Y, acerca de su seguridad personal, mencionó la protección que le brindó la cancillería mexicana: “En cuanto estalló el conflicto recibí una llamada telefónica de la esposa del ministro Rabasa desde Nueva York para autorizarme a salir de aquí en el momento en que me pareciera conveniente”.<sup>53</sup> Ya que durante su estancia en México casi no se vio con nadie, mencionó los actos públicos a los que

<sup>51</sup> *Ibid.*

<sup>52</sup> Rosario Castellanos, “Acto de presencia: apuntes de posguerra”, en *Mujer III*, p. 366.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 366.

asistió: a la inauguración del primer vuelo directo de Tel Aviv a México y a la gira del presidente Echeverría en Coahuila.

Sin lugar a dudas, las pruebas que ofreció guardaban perfecta coherencia con los hechos. No obstante, el sentido emocional que translucen sus palabras revela que la “paz” de aquellos días era endeble. Por eso, no concibió la idea de viajar a México y dejar a Gabriel en Israel: “saberlo más allá de mi alcance iba a ser intolerable”.<sup>54</sup> No obstante, emitió un comentario que bien describía la devastación oculta detrás de la calma y el mutismo: “el hecho de que no se quejen no quiere decir que no sufran. Y la manera más elemental de compartir un sufrimiento es respetar el modo como se manifiesta”.<sup>55</sup> En definitiva, enfrentarse al desastre de la guerra propició que la escritora ofreciera otra perspectiva de la consternación calmada de los israelíes. Entonces, pasó de representar la tenacidad épica de los judíos a mencionar su dolor vivo, pero soterrado.

Las siguientes semanas de enero de 1974, Castellanos publicó dos editoriales de tipo autobiográfico y los meses subsecuentes estuvieron marcados por su silencio. En el transcurso de febrero, marzo, abril, mayo y la mayor parte de junio, no mandó ninguna colaboración a *Excelsior*. ¿Por qué se ausentó de su página editorial? Si nos atenemos al pasado y pensamos en las ocasiones que guardó silencio en la década de 1960, podemos darnos cuenta de que se callaba sólo cuando pesaba una fuerte censura gubernamental sobre los medios, cuando no tenía información completa sobre un hecho o cuando no quería simular un estado de bienestar. En este caso, no es posible determinar por qué la escritora se ausentó de su página editorial, pero da la impresión de que, si tenía alguna idea de la inoportunidad de la guerra, no era pertinente expresarla, pues debía respetar la política de no intervención y cuidar del buen vínculo entre México e Israel. Tuvieron que pasar nueve meses para que volviera a referirse al

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 367.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 368.

conflicto en Medio Oriente. El 30 de julio de 1974, expuso con sumo cuidado su valoración en torno a este conflicto y señaló los intereses que lo mismo servían para alentar la consolidación del Estado israelí que para criticar sus principios fundacionales. Antes de hacerlo, quiso advertir la mentalidad militar que afectaba su modo de escribir:

A raíz de mi incorporación a las filas de *Excelsior* (¿se da usted cuenta de cómo se me ha hecho ya una mentalidad militar?) he recibido algunas cartas de México. (Fíjese usted bien en el término usado: algunas. Si yo hubiera sentado “muchas” habría parecido jactancia; si yo hubiera precisado “pocas”, habría sonado a queja. Algunas es ambiguo. No compromete a nada. Alude y elude. Cumple, pues, con los requisitos indispensables del estilo diplomático).<sup>56</sup>

En otros editoriales, Castellanos también usó palabras de la milicia, pero sólo en este texto quiso hacer patente que su estilo diplomático la obligaba a aludir y eludir. Entonces, resulta insoslayable preguntarse: ¿qué aludió y qué eludió? Justamente, en este texto mencionó algo que dejó sin desarrollar, esto se aprecia en que anotó un par de datos inquietantes sobre Israel:

En la historia de la fundación del Estado de Israel operaron como factores la historia, la economía, la religión, la política. Con buenas intenciones se alcanzaron, a veces adversos resultados y *con métodos que no eran morales ni parecían factibles, se lograron frutos de los que ahora se pasman los extraños y se aprovechan los propios.*

[...]

Vamos a mirar únicamente a los que hicieron la *aliyá*, a los que subieron a Israel y a los que aquí luchan contra los obstáculos de la naturaleza, contra los desfallecimientos de la voluntad, contra las estructuras de una sociedad que comienza a plasmarse y que al hacerlo no satisface las necesidades del mayor número ni las de

<sup>56</sup> Rosario Castellanos, “Jerusalén celeste, Jerusalén terrenal”, en *Mujer III*, p. 404.

una minoría. *Porque esas necesidades, más que físicas, son emotivas; más que reales son imaginarias.*<sup>57</sup>

Las buenas intenciones son claras si se recuerda que uno de los objetivos de la fundación del Estado israelí fue darles una patria a los judíos y ponerle fin al exterminio y a la persecución constantes.<sup>58</sup> En cambio, los métodos *no morales* y *no factibles* que Castellanos aludió y eludió no son claros, suscitan el interrogante: ¿qué quiso decir con *no moral* y *poco factible*? No es posible aventurar, ni siquiera, una hipótesis de los métodos a los que se refirió porque, en lo que sigue del ensayo, no le dio continuidad a este nudo. No obstante, la oposición apuntada en el título del texto “Jerusalén celeste, Jerusalén terrenal” da a entender que la escritora iba a empezar a emitir, de primera mano, una visión conflictiva de Israel que ya no tenía que ver, nada más, con lo que leía en los libros de historia y de literatura. Por eso es tan significativo el que se decidiera a presentar a Israel a partir de una oposición interna que le sirvió para identificar al Jerusalén celeste con la imagen idealizada que sabía que había impulsado a cada peregrino a viajar a la tierra prometida, y al Jerusalén terrenal, con un Estado israelí que era “una realidad contra la que se estrella el sueño de todos”.<sup>59</sup>

Pareciera que Castellanos empezaba a emitir un punto de vista en el que, si bien no descalificó al Estado israelí, dio a entender que tardaría mucho en consolidarse. Uno de los factores que retardaban su consolidación eran la heterogeneidad de la población a la que se refiere en este texto. Acerca de esta misma diversidad habló en un tono menos literario en una entrevista que le concedió a la periodista Mary Lou Dabdoub: “Uno puede

<sup>57</sup> *Ibid.*

<sup>58</sup> Véase Graciela Garay, *Las relaciones diplomáticas México-Israel (1947-1967)*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores/Universidad Iberoamericana, 1996, pp. 17-21 y 130.

<sup>59</sup> Rosario Castellanos, “Jerusalén celeste”, en *Mujer III*, p. 406.



observar ese proceso de gente viniendo desde los sitios más opuestos geográficamente, de los niveles culturales más elevados o más bajos que conviven y tienen que afrontar la misma situación. Creo que este fenómeno —si se ha dado otras veces en la historia, no lo conozco y nunca había asistido a una visión así— ha sido importante para mí”.<sup>60</sup> Por desgracia, en este periodo la escritora sólo podía hablar de los temas más delicados mediante los medios oficiales, y, aun en ellos, recurrió al lenguaje literario para dilucidarlos y comunicarlos:

[...] en el plano más privado una de las cosas que me apasionan es escribir los informes políticos. [...] Por desgracia es un género que no va a llegar nunca a la publicidad, pero donde yo no puedo dejar de hacer literatura. Por ejemplo, durante la guerra de Yom Kippur, elaboré un informe lo más completo posible sobre lo que había acontecido, porque a mí me urgía entender tanto como a cualquier otro israelí o persona que participó aquí. Hubo por lo menos, al principio, una gran confusión. Ya en la postguerra como cuando se sale de un mal sueño necesita uno ubicarse en la realidad. Yo siempre he logrado la ubicación a través de la literatura. Entonces esta vez dije: ¿cuál es la solución? Pues el informe. Fue muy largo[,] fue muy literario, pero creo que me ayudó a entender lo que estaba aconteciendo en este país.<sup>61</sup>

Habría que contar con todos los informes políticos para poder interpretar la visión de Rosario Castellanos; desafortunadamente, en la Secretaría de Relaciones Exteriores sólo encontré dos y ninguno habla de este último periodo. Probablemente, en

<sup>60</sup> Rosario Castellanos, “Última charla con Rosario Castellanos”. Esta entrevista la encontré en el expediente XI-42-1 del Archivo de Concentraciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. De acuerdo con la información contenida en el texto, fue realizada el 6 de agosto de 1974, pero el recorte de la entrevista aparece con un encabezado, a máquina, que indica que se publicó el 10 de agosto de 1974 en el periódico *El Herald*o.

<sup>61</sup> *Ibid.*, pp. 44-45.

futuras investigaciones alguien tendrá acceso a estos documentos y a las relaciones epistolares en las que Castellanos también expresó, de un modo más explícito, su opinión sobre la guerra. Mientras tanto, mi trabajo ha consistido, nada más, en esbozar esa valoración discreta en la que la escritora habló con amplitud de la ejemplaridad de Israel y de sus habitantes, pero también de sus contradicciones, de su conflictividad y de su inconsistencia. Una valoración imparcial que debió pasar desapercibida para la mayoría de los lectores, ya que, cuando se publicó, apareció intercalada con editoriales de tipo doméstico. Entonces, quedan otros interrogantes que responder: ¿cuál es la función de los ensayos de temáticas domésticas en la producción intelectual de Rosario Castellanos?, ¿estos editoriales fueron redactados por la escritora para distraer a los lectores de sus juicios más serios? o, dentro de la producción intelectual femenina, ¿estos textos pueden entenderse como reflexiones críticas?

### ENSAYOS DE GÉNERO: LA COMPRESIÓN DE LO GENERAL EN LO PARTICULAR<sup>62</sup>

Afirmar que Castellanos escribió ensayos con temáticas autobiográficas o maternas sólo para distraer la atención de los problemas más graves equivaldría, en primera instancia, a entenderlos a partir de una perspectiva patriarcal que se ha caracterizado por

<sup>62</sup> El término *ensayo de género* fue utilizado por primera vez por Mary Louise Pratt al referirse a “una serie de textos escritos por mujeres latinoamericanas [...] en los últimos ciento ochenta años [...] Es una literatura contestataria que se propone ‘interrumpir el monólogo masculino’, o al menos confrontar la pretensión masculina de monopolizar la cultura, la historia y la autoridad intelectual”. Véase “No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano”, en *Debate Feminista*, núm. 21, 2000, p. 76. En esta última parte, me apoyo, en gran medida, en las ideas de Mayuli Morales Faedo. Véase “Hablar de nosotras es pensar el mundo, pensar para transformarlo: ensayistas hispanoamericanas de la primera mitad del siglo xx”, en Mayuli Morales Faedo (ed.), *Ensayar un mundo nuevo. Escritoras hispanoamericanas a debate*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa/Biblioteca Nueva, 2016, pp. 133-156.

descalificar y no valorar los ensayos escritos por mujeres, y, en segunda, a omitir que la escritora estaba convencida de que no tenía por qué disimular su identidad femenina y, menos, por qué esmerarse en pertenecer a la élite de los intelectuales. Dicho en palabras de ella, a convertirse en un ser desgarrado.

En ese sentido, antes de interpretar los ensayos de temáticas autobiográficas y domésticas de Rosario Castellanos, es necesario explicar que pertenecen a una tradición ensayística que Mayuli Morales llama de *desvalorización*.<sup>63</sup> Se trata de la producción textual de escritoras que hablaron sobre el lugar que las mujeres ocupaban socialmente en el mundo. Por desgracia, a decir de esta misma investigadora, su insistencia en hablar de sí mismas ocasionó que las tacharan de narcisistas y particularizantes. Nótese, entonces, que el atributo del reconocimiento prevaleciente en las élites intelectuales no estaba al alcance de las escritoras que, a través del ensayo, pusieron énfasis en su identidad femenina:

Este tipo de ensayo funciona como un espejo de la propia “irrelevancia” de la autoría, el asunto se contamina, pues el sujeto enunciante cuenta y reflexiona sobre su historia, su ser y sus funciones con la de sus congéneres. De ahí su situación en el espacio de la particularidad y su imposibilidad de inserción y reconocimiento en la totalidad, en el colectivo, en la nación.<sup>64</sup>

Esto explica, en gran medida, por qué los ensayos autobiográficos y domésticos de Rosario Castellanos —comparados con los de sus contemporáneos— debieron ser percibidos como insignificantes. En ese orden de ideas, me interesa recordar que, en el capítulo anterior, afirmé que, cuando Rosario Castellanos piensa en el hogar, en realidad está pensando en toda la nación mexicana. En dicho capítulo, esa interpretación fue posible porque la escritora reflexionó en torno a problemas representativos de México.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 136.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 140.

Por ejemplo, el control de la natalidad, las labores domésticas, la educación de los hijos, el trato legal asimétrico entre hombre y mujer. En contraste, la estrategia que Castellanos usó para presentar a Israel es mucho más particularizante, porque implica ver a ese país por medio de lo que ella o alguien más vivió.

En relación con esto, importa mencionar una observación de Morales Faedo: gracias al ensayo, las escritoras se apropiaron de un *yo* para pensarse a sí mismas como sujetos individuales y colectivos dentro de dos instancias: “La instancia de la realidad, que propicia la crítica, y la instancia de la posibilidad, que apunta hacia la transformación”.<sup>65</sup> La primera les permitió hablar críticamente de sí mismas, y la segunda, presentarse como integrantes del mundo. En ese mismo orden de ideas, la investigadora menciona aspectos que no deben perderse de vista en el análisis e interpretación de esta clase de ensayos: 1) la tendencia de las autoras de ir de lo particular a lo general, y 2) la dificultad de articular dichos ensayos dentro de una producción más grande, ya que esto requiere: “provocar una alteración en la episteme y en el método de análisis”.<sup>66</sup>

#### LA VIDA DOMÉSTICA DE UNA EMBAJADORA: UNA CONCILIACIÓN EVIDENTE ENTRE EL PERIODISMO, LA DIPLOMACIA Y LA IDENTIDAD FEMENINA

La producción autobiográfica y doméstica de Rosario Castellanos se puede interpretar tanto desde la instancia de realidad como desde la de posibilidad, pues la primera permite entender la perspectiva crítica que la escritora tuvo sobre sí misma y, la segunda, entenderla como integrante del mundo. En cuanto a esta última, cabe agregar que la intención de Castellanos de cambiar el mundo no siempre fue explícita, porque su visión era más sugestiva que doctrinaria. En virtud de ello, se conformó con plan-tear, mostrar, insinuar y cuestionar. Es decir, el rasgo distintivo

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 137.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 146.

de su intención transformadora se distinguió por su capacidad de compartir experiencias, razonamientos, preguntas y vivencias.

La forma más íntegra de presentar, en el periódico, su experiencia en Israel consistió en conciliar su trabajo diplomático con su identidad femenina, inevitablemente relacionados en la cotidianeidad. Es probable que esta faceta presentada por Castellanos no hubiera sido expuesta por ningún otro intelectual. Por eso, es necesario pensarla desde la instancia de realidad, pues, de manera constante, la escritora usó la risa como un arma crítica para exponer las pequeñas dificultades a las que se enfrentó diariamente en un país cosmopolita en donde tenía que proyectar un rango político, social y cultural prestante. Así, mostró que los lujos derivados de su cargo no la eximían de los accidentes de la vida cotidiana, como el día que su chofer la dejó a merced de su suerte:

[...] X decidió bajar a preguntar su camino a una oficina de correos alrededor de la cual estábamos girando. [...]

De pronto advertí que la bandera ondeaba con la gracia que le es peculiar. Lo que no dejó de asombrarme. Es raro, me dije, con esa lentitud de los procesos mentales de quienes estamos provistas de intuición femenina pero nos negamos a proceder de acuerdo con ella. Es raro porque no sopla ni el menor asomo de brisa. Y sin embargo se mueve. [...]

No tuve tiempo de deliberar si era una representante diplomática o una acróbata del Circo Atayde. Abrí la puerta, me lancé a la calle y corrí al lado contrario a abrir la puerta donde se encontraban todos los aparatos para mover o parar la máquina a la que no lograba dar alcance.<sup>67</sup>

Las anécdotas graciosas no sólo muestran el lado llano de la diplomacia, además exhiben la realidad ampliamente, ya que se centran en poblaciones específicas y en sus respectivos usos

<sup>67</sup> Rosario Castellanos, "Los días de prueba: el aprendiz de brujo y yo", en *Mujer III*, pp. 72-73.

lingüísticos, visiones de mundo y costumbres. Es decir, Rosario Castellanos no sólo presentó, a través de casos emblemáticos, al judío culto que había conservado el hebreo, sino también a un tipo de hombre más rudimentario que apenas si lograba darle un sentido y un uso a la lengua. Habló concretamente de su primer chofer, a quien denominó X: “él ignoraba prácticamente todos los idiomas, inclusive el castellano a tal punto que, en su vocabulario, he ido transitando de un ‘señora embajadora’ más o menos correcto a un más bien inseguro ‘ambassadrice’ que pronto degeneró (o ascendió) a ‘emperatriz’. Desde donde no había más que un paso (y lo dimos con la ayuda eficaz de mi hijo Gabriel) a ‘señora avestruz’.”<sup>68</sup>

Afirmo que, con la narración de las anécdotas de sus choferes, Rosario Castellanos observó una parte más popular de la sociedad, porque, cuando habló de Israel Maya, copió un idioma que parecía el antecedente del español o el de alguna lengua en ciernes y era muy utilizado en Israel.<sup>69</sup> Ahora bien, cuando establezco esta generalización, no olvido que el interés de la autora no era efectuar una recuperación lingüística meramente descriptiva, sino entender el aspecto cualitativo de las personas. De ahí que, cuando presentó a Israel Maya, estableció una coincidencia entre la sencillez de su lengua y su cándida visión de la historia, de la fundación del Estado israelí y de los otros:

Un día volvió, con su pensión de veterano de guerra, y se encontró con Malka, poverata, que estaba criando sola a la familia. ¿Pero qué aconteció? Había Palestina y ya no hay Palestina. Ya hay Israel. Cale que le abra el meollo para entender a todos estos que vienen de todas partes hablando cada uno a su modo. Y los ashkenazis tomando té y los sefardíes comiendo burecas y los ashkenazis poniendo precios fijos en el escaparate y los sefardíes

<sup>68</sup> *Ibid.*, p. 72.

<sup>69</sup> El ladino era la lengua más hablada por los judíos desterrados de la península ibérica. Véase Rosario Castellanos, “El ladino: idioma en pañales,” p. 129.

regateando horas enteras en el bazar. Y los arabos... con los arabos, se entiende bien, porque habla su lenguaje y distingue hasta dónde es figurado y retórico y hasta dónde comienza a ser exacto. Si Israel Maya gobernara no habría pleitos: habría negocios. Y de cuando en cuando un buen manotazo sobre la mesa sólo para que se sepa quién es el señor.<sup>70</sup>

Nótese la complejidad de las ideas que Castellanos sintetizó, a través de una perspectiva *in situ*; por eso considero que, cuando relataba historias y anécdotas, no lo hacía inopinadamente o, nada más, con el afán de deleitarse y deleitar humorísticamente a sus lectores. En el fondo, la escritora debió tener la voluntad de mostrar cómo entendía la gente el panorama diverso que habitaba. Una prueba del detalle y la vivacidad con la que deseaba compartir la realidad que observó es su declaración respecto a la continuidad que este asunto le daba a un tradicional y memorable rito judío llamado Bar-Mitzva:

*¿Por qué me apresuré a presentarle a Israel Maya sino porque desde las profundidades de mi subconsciente yo ya había decidido contarle lo del Bar-Mitzva de su nieto?*

[...]

Un niño de cuatro, de cinco años ha ido (sin que nadie lo presione sino como si respondiera obedientemente a un llamado) a colocarse frente a la orquesta y ha comenzado a bailar. Ondula, gira, se ciñe al ritmo que evoca los jardines umbrosos de Granada, los cielos abiertos de Salónica, las callejuelas laberínticas de Estambul.

Y el niño continúa, bajo una lluvia de billetes y de aplausos, remoto, inaccesible a los ruidos de afuera, huésped milagroso de ese universo exquisito en el que todos están presentes: los que se transformaron de polvo en memoria; los que se fueron llevando la llave de la casa como una promesa de retorno; los que están

<sup>70</sup> Rosario Castellanos, "Israel Maya: del habla sefardí", en *Mujer III*, p. 258.

impacientes por nacer y por participar y los que van llegando y vienen “por los hondos caminos de la guitarra”.<sup>71</sup>

Evidentemente, la visión emotiva de la danza presentada por Rosario Castellanos muestra que nunca se interesó en exponer la realidad sólo a partir de fuentes teóricas y eruditas. Por tal motivo, no se limitó a emitir una visión general de un país y de su población mediante sus observaciones sobre las novelas de Agnon o mediante sus comentarios sobre poesía hebrea moderna. La relevancia de relatar una ceremonia radicaba en que concentraba el espíritu milenario de un pueblo. Así lo entendió la escritora, porque la música y el movimiento le daban vida a una tradición que, al mantenerse, preservaba costumbres, reforzaba la identidad de un pueblo y revivía la emoción de una gran familia. Si se me permite usar las palabras de Fina García Marruz para interpretar a Castellanos, el relato de las experiencias surgidas de la cotidianeidad evidenciaba *una dimensión desconocida de lo evidente*.<sup>72</sup>

En lo que respecta a la instancia de posibilidad que ubica a la escritora dentro del mundo, estos ensayos indican un aspecto importante para entender cómo se situó Castellanos dentro de su mundo y con qué recursos quiso impactarlo. Esto tiene que ver tanto con el tipo de reconocimiento que no tenía la escritora, como con el que sí tenía —me refiero al tipo de público al que solían convocar las ensayistas—. De acuerdo con la metáfora presentada por Mary Louise Pratt, las mujeres interrumpían a los intelectuales para dialogar con ellos. En principio, así fue, pero también escribieron para un amplio sector popular lector del periódico.<sup>73</sup> El caso de Castellanos es representativo de una pensadora que sabía que no contaba con la atención de la élite

<sup>71</sup> Rosario Castellanos, “Bar-Mitzva: ceremonia de iniciación”, en *Mujer III*, pp. 261-262. Énfasis mío.

<sup>72</sup> Véase Fina García Marruz, “Hablar de la poesía”, *Hablar de la poesía*, La Habana, Letras Cubanas, 1986, p. 433.

<sup>73</sup> Un antecedente mexicano de este tipo de comportamiento de escritura femenina que lo mismo buscaba llamar la atención de los intelectuales que



cultural —más adelante volveré a hablar de esto—, pero que se sabía escuchada por un gran público. Pienso en los lectores que de 1963 a 1971 la siguieron en las páginas de *Excelsior*.

No es casual que, a manera de broma, la escritora no perdiera de vista ni al campo cultural al que perteneció ni a sus lectores. En razón de ello, se planteó, ¿por qué hablar de los estratos populares y no de los poderosos?: “Al preferir la cena de los Rothschild al Bar-Mitzva del nieto de Israel Maya ¿no le estaba haciendo el juego a la élite, a los *happy few*, a la mafia?”.<sup>74</sup> Asimismo, tuvo en cuenta a un campo de poder con el que no quería que la asociaran negativamente, tergiversando su relación con los pobres: “Al escoger el Bar-Mitzva del nieto de Israel Maya a la cena de los Rothschild ¿no estaba adoptando esa fácil actitud demagógica del que estrecha la mano callosa del campesino en el instante preciso en que se aprieta el botón de la cámara fotográfica?”.<sup>75</sup>

Como puede apreciarse, aunque fuera en broma, en todo momento, Castellanos tuvo presentes las lecturas que podían hacerse de su obra. Deliberadamente, optó por hablar de los temas que no les interesaban a los demás, por presentar la visión humorística, “particularizante” y emotiva de las cosas. Nunca gustó de obligarse a contener su facilidad para reírse y, menos, para compartir la faceta emocional que la intelectualidad masculina no acostumbraba ni se permitía expresar. Ella quiso hacer patente su emoción en el Bar-Mitzva: “Cuando el instante privilegiado termina yo recobro bruscamente la conciencia. Sólo para advertir

---

escribir textos para un público no muy instruido se puede apreciar desde el siglo xix con la publicación de *Violetas del Anáhuac*.

<sup>74</sup> Rosario Castellanos, “Bar-Mitzva”, en *Mujer III*, p. 259. Optar por no hablar de su asistencia a la casa de los Rothschild no era un tema menor, ya que debía tratarse de los descendientes del Barón Edmond de Rothschild (1854-1934), quien en 1883 protegió a la mayor parte de las colonias sionistas. Véase Ilan Pape, *Historia de la Palestina moderna. Un territorio, dos pueblos*, Madrid, Akal, 2007, p. 444.

<sup>75</sup> Rosario Castellanos, “Bar-Mitzva”, en *Mujer III*, p. 259.

‘que me ha abundado el alma hasta salirme a los ojos’ y que tengo la cara mojada de lágrimas”.<sup>76</sup>

Tomando en consideración el fragmento anterior, me parece necesario reconocer que hubo ocasiones en que, en algunos de los ensayos autobiográficos de Castellanos, en vez de ascender de la construcción de un sujeto individual a uno colectivo nacional, la escritora trató asuntos sumamente personales con los cuales sólo expuso su intimidad. En esos casos, el lector, en vez de desempeñar la función de receptor de información de interés general, fungió como una suerte de confidente. Por ejemplo, el 19 de junio de 1973, en el ensayo “El zipper: hora de la verdad”, declaró: “hay un momento en el que tengo que admitir que soy una criatura totalmente desvalida y en el que se me llenan los ojos de lágrimas”.<sup>77</sup>

En cambio, en otros ensayos hizo coexistir a los planos racional y emotivo, principalmente los de temáticas maternas.<sup>78</sup> Por ejemplo, el 23 de agosto de 1971, en el editorial “Adaptando a Gabriel: educar a un niño en tierra ajena”, emitió una pregunta atípica para la cultura mexicana. Sin embargo, era un cuestionamiento que quizás iba cobrando sentido entre las madres profesionistas que adaptaban a sus hijos a su condición laboral: “¿Pero está usted segura de advertir con la misma certidumbre, si a su niño le ha tocado en suerte el que usted le resulte una madre problema?”.<sup>79</sup> Tiempo después, el 6 de octubre de 1972, redujo al absurdo el

<sup>76</sup> *Ibid.*, p. 262.

<sup>77</sup> Rosario Castellanos, “El zipper: hora de la verdad”, en *Mujer III*, p. 313.

<sup>78</sup> De hecho, si se ve toda la producción de Rosario Castellanos atinente al tema de la maternidad, se nota este importante desplazamiento. En la década de 1950, la escritora entendió la maternidad como el estado fisiológico que definía a la mujer y la confinaba al espacio doméstico. En 1960, cuestionó el instinto materno y la abnegación como un valor negativo dentro de la educación familiar. Finalmente, en la década de 1970 le añadió a su reflexión crítica un sentido experiencial de identificación y empatía.

<sup>79</sup> Rosario Castellanos, “Adaptando a Gabriel: educar a un niño en tierra ajena”, en *Mujer III*, p. 82.

supuesto don adivinatorio que las madres tienen respecto a las emociones de sus hijos: “El otro día comparece ante mí Gabriel con su cara de pequeño escribiente florentino. [...] *¡El corazón de una madre! Que todo lo adivina, que todo lo prevé. Qué raro. El mío ha de tener algún defecto de fábrica porque ni adivino ni preveo nada*”.<sup>80</sup>

Rosario Castellanos, en primera instancia, compartió con sus lectores la idea de que la madre no era un hada que todo lo adivinaba y todo lo remediaba. En su opinión, la tarea de la mujer era más modesta y tenía que ver con el respaldo moral y afectivo requerido por sus hijos. En relación con esto, Morales Faedo apunta que esta función también ha sido expuesta por otras ensayistas y radica no sólo en proveer a los niños de conocimientos y palabras, sino en permitirles crear un vínculo con el mundo, nombrarlo y crear en torno a él significados y valores.<sup>81</sup> Sobre todo, en los últimos ensayos tocantes al crecimiento de Gabriel, un niño de casi trece años de edad, en un país beligerante, Castellanos recordó los primeros momentos de la vida de su hijo en los cuales lo acompañó en el proceso de aprender que la vida es un ciclo de ocasos y regeneraciones constantes:

Es verano y la noche tarda tanto en caer que la luna se atreve a asomarse cuando el sol no acaba aún de ponerse. Gabriel que no conocía el cielo nocturno, grita ante la aparición de un astro cuya hermosura lo pasma hasta que yo destilo en su oreja las dos sílabas —lu-na— que le permitirán sentirse dueño de esta celeste, brillante y remota criatura.

[...]

De pronto las pupilas de Gabriel se contraen de extrañeza, se dilatan de alarma, se anegan en lágrimas de desconsuelo: la luna ha desaparecido tras un nubarrón oscuro.

[...]

<sup>80</sup> Rosario Castellanos, “*Balún Canán* en Israel: Gabriel descubre la literatura”, en *Mujer III*, p. 227. Énfasis mío.

<sup>81</sup> Mayuli Morales Faedo, *op. cit.*, 2016, p. 17.

El rostro de Gabriel [...] se vuelve hacia mí como para implorar un conjuro que lo devuelva a su inocencia primitiva, a su paraíso de certidumbres y eternidades. Pero yo no dispongo más que de palabras que hablan de la desnudez del fuego [...]

Así pues, no hablo más que para dar la bienvenida a Gabriel en este mundo nuestro de cambios de apariciones y desapariciones, de sombras y de ecos, de voces y de corpóreas pero nunca definitivas densidades.<sup>82</sup>

Con este recuerdo, Castellanos ligó un aspecto muy sensible de su realidad. Compartió un sentido de la vida en Israel que no debe soslayarse. Me refiero a la intensidad con que la vida y la muerte se asumen en un ambiente beligerante. En ese punto, sorprende que la escritora, como si hubiera presentado su muerte,<sup>83</sup> le dedicó su último editorial a su hijo. Es cierto que había escrito muchos textos sobre él, pero lo que singulariza a este último es que tiene la forma de una carta y que es Gabriel, y no el público, su principal interlocutor. Este hecho no deja de llamar la atención porque expresa que sus editoriales con temas maternos tuvieron tal grado de aceptación en el periódico que la escritora no dudó en usar un medio de carácter nacional para expresar un asunto muy personal. En ese grado, da a entender que el tratamiento de sus temas era lo suficientemente relevante y sensible como para interesar a todo el público en lo que iba decir. La carta destaca, en el plano de lo concreto, las consecuencias de la guerra y, en el de lo sensible, la incertidumbre ante la vida y la esperanza, que dan las pequeñas cosas:

*¡Somos tan poco! ¡Nos consolamos con tan poco!*

Yo, por ejemplo, borro todas las cicatrices del pasado, desatiendo todas las presiones del presente, me olvido de todas las

<sup>82</sup> Rosario Castellanos, "Lecciones de cosas: mundo de cambios", en *Mujer III*, p. 337.

<sup>83</sup> Cuando apunto que tuvo un presentimiento, me refiero específicamente a una ráfaga sentimental e irracional que la llevó a escribirle a su hijo.

amenazas del porvenir con sólo mirar una tarjeta postal a colores que representa el Calendario Azteca y que dice: estoy muy contento. Saludos. Y firma Gabriel.<sup>84</sup>

Nótese que ambos planos se asocian para darle sentido a lo universal y a lo particular: la zozobra y el consuelo de Castellanos, cualitativamente, son los mismos que los de la humanidad, pero, por ser expresados mediante una carta y por estar dedicados a una persona, a primera vista no se aprecia su universalidad. A partir de estas ideas, cabe preguntarse, ¿cómo comprendieron el campo intelectual y el campo de poder a una autora tan original?

#### **CAMPO INTELECTUAL Y CAMPO DE PODER: LA CONSAGRACIÓN PARCIAL OFICIAL DE ROSARIO CASTELLANOS**

En el expediente laboral de Rosario Castellanos que resguarda la Secretaría de Relaciones Exteriores y en los diarios nacionales mexicanos encontré muchas notas que, aunque se hicieron a propósito de su muerte, dan cuenta de la recepción que la escritora tuvo mientras vivió y del reconocimiento oficial que recibió a partir de su deceso.

Las opiniones emitidas por el campo intelectual no fueron unánimes; las menos favorables provinieron de la élite intelectual hegemónica. Escritores tan importantes como Octavio Paz, al ser entrevistados a raíz de su muerte prematura, se vieron comprometidos a emitir un comentario benevolente: “Fue una mujer a la que le tuve gran estimación como persona limpia, coherente y valerosa”.<sup>85</sup> Nótese que el comentario de nuestro premio Nobel era más de orden moral que intelectual. Su omisión respecto a los méritos literarios de la escritora da a entender que no la creyó relevante estéticamente. Por su parte, Salvador Elizondo estableció

<sup>84</sup> Rosario Castellanos, “Recado a Gabriel: donde quiera que se encuentre”, en *Mujer III*, pp. 410-411.

<sup>85</sup> Octavio Paz, “Limpia valerosa”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

una sincera especificación que le restaba brillo a Castellanos: “literariamente su trabajo fundamental es como poeta”.<sup>86</sup> Quizá la impresión del autor de *Farabeuf*... fue la de muchos escritores que desdeñaron los temas “indigenistas” y el estilo narrativo realista. A propósito de esto, no sobra decir que en marzo de 2017, en la revista *Letras Libres*, el historiador Enrique Krauze —quien en 1970 fue uno de los miembros más jóvenes del equipo editorial de Paz— se contó entre quienes no comprendieron la obra de la chiapaneca.<sup>87</sup>

Siendo muy joven, leí *Balún Canán* y *Ciudad Real*. Lo que retuve principalmente fue el lenguaje, salpicado de palabras que no comprendí de inmediato.

[...]

Al releer ahora esos libros encuentro dimensiones que entonces no advertí.

[...]

Rosario Castellanos nos dio un atisbo de esa realidad. Fue la precursora de una literatura moderna sobre los indios pero no fue una escritora indigenista.

[...]

Parecería que las escisiones mexicanas persiguiesen a Rosario Castellanos. Su obra revela esas escisiones pero, al hacerlo, también las atenúa.<sup>88</sup>

Las palabras de Krauze son reivindicatorias, pues de alguna manera pretenden justificar que, incluso lectores tan avezados como él, consideraron que ni el lenguaje ni las personas sobre las que escribía Castellanos en sus narraciones correspondían al

<sup>86</sup> Salvador Elizondo, “Ordena LE traer el cuerpo”, en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

<sup>87</sup> El 2 de diciembre Enrique Krauze fue condecorado con la medalla Rosario Castellanos.

<sup>88</sup> Enrique Krauze, “Rosario Castellanos, lúcida y escindida”, en *Letras Libres*, marzo de 2017, pp. 34 y 35.

México de 1960. Asimismo, sus palabras indican que tuvo que ocurrir el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), en 1994, para que se reconociera la modernidad de la propuesta narrativa de Castellanos.

Lo más importante del juicio de este notable historiador mexicano es que reúne todas las razones que en vida de la escritora contribuyeron a su ninguneo. En su opinión, ni se le reconoció, ni se le consagró debido a una serie de escisiones significativas: su atención centrada en las poblaciones marginadas, *su situación amorosa y existencial* y “su inteligencia contrastada con su condición inerme”.<sup>89</sup> Cuando murió, todas esas escisiones salieron a relucir. A saber, en respuesta a las declaraciones de Paz, Javier Peñaloza señaló que se le estaba escatimando valor a Rosario Castellanos:

Durante el toque de silencio y los honores militares rendidos a Rosario, recordé algunas expresiones mezquinas. Alguien dijo, comentando la muerte de quien nos deja desolados: “era limpia y valerosa”. [...] El genio de Rosario Castellanos, universalmente reconocido, no merece la injuria de una palmadita en el hombro, cuando ha conquistado el derecho a llamarse líder intelectual del país, con más solidez que el resto de nuestros intelectuales o seudointelectuales.

No se trata de rendir ese fácil homenaje a los muertos, cuando ya no oponen resistencia [a] los envidiosos ni los interesados en llevar el agua a sus molinos.<sup>90</sup>

Tomando en consideración la cercanía y la relación de amistad que Javier Peñaloza estableció con la poeta, podría parecer que su juicio fue un tanto desmesurado, en lo que respecta a pensar a Paz seguido por una cuadrilla de seudointelectuales. No

<sup>89</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>90</sup> Javier Peñalosa, “Nocturno a Rosario. Hasta la próxima”, en *Excélsior*, 10 de agosto de 1974, p. 7-A.

obstante, por encima de ese enojo, expuso dos hechos que vale la pena reflexionar: el primero es que, ciertamente, la muerte de la escritora propició comentarios protocolarios que la reconocieron de manera parcial —más adelante me detendré a hablar de esto—. El segundo apunta al liderazgo intelectual que, sin lugar a dudas, Rosario Castellanos había alcanzado. Tan consistente fue su presencia que no hubo ninguna necesidad de que la élite cultural la aceptara para que el Estado viera en ella a una crítica contestataria y a una representante de las preocupaciones más sentidas de las mujeres que participaban en la vida política del país. En este sentido, tampoco debe olvidarse que no importó que no fuera activista: la fuerza de sus palabras ya era tan influyente en 1970 que se consideraba que sus ideas eran representativas de una gran mayoría.<sup>91</sup> Por eso, no resulta descabellado que Javier Peñaloza se atreviera a decir que estaba muy por encima de una intelectualidad que representaba sólo a una élite.

Desde una perspectiva menos solemne y furiosa, Fausto Castillo, colaborador de *El Día*, también habló de la escisión marcada entre Castellanos y los escritores más destacados: “La pedantería y la solemnidad, vicios que con tanta frecuencia adornan el carácter de los intelectuales mexicanos, le daban verdadero horror a Rosario Castellanos”.<sup>92</sup> Decididamente, en función de su condición existencial y su identidad femenina, la escritora mexicana encontró un estilo propio de ser intelectual.

<sup>91</sup> Con motivo del discurso que Rosario Castellanos dio el Día de la Mujer, en marzo de 1971, Elena Poniatowska le preguntó: “—Y ¿no han venido ejércitos de mujeres a pedirte que las encabeces? —No, pero me han expresado su adhesión y a quien me ha pedido que encabece un movimiento feminista en México le he contestado que precisamente la emancipación consiste en asumir la propia responsabilidad y no en delegar esa responsabilidad en otro, aunque lleve el pomposo nombre de líder”. Rosario Castellanos, “Rosario Castellanos combinará clases, literatura”, entrevista hecha por Elena Poniatowska, en *Novedades*, 8 de marzo de 1971, p. 10.

<sup>92</sup> Fausto Castillo, “Rosario”, en *El Día*, 9 de agosto de 1974, p. 12.



Fuera del ámbito cerrado de la élite cultural, distintos escritores juzgaron positivamente su obra y su persona. Elena Poniatowska, Julieta Campos y Luisa Josefina Hernández opinaron que Rosario Castellanos fue una de las mujeres más inteligentes del país y de una alta calidad humana. A decir de la autora de *La noche de Tlatelolco*, en México no se conocía a “otra figura femenina de su talla”, en esos años.<sup>93</sup> Su presencia alcanzaba campos tan distintos que, por más que la élite intelectual no la considerara relevante, era imposible pasar inadvertido que solía participar en casi todos los campos correspondientes al conocimiento literario. A propósito de esto, el periodista y narrador Edmundo Valadés señaló: “fue un alto exponente de la poesía, inteligente novelista, estupenda cuentista y aguda ensayista, aparte de su destacada actividad diplomática”.<sup>94</sup> A la par de su notoriedad creativa, el periodista de izquierda Tomás Mojarro hizo mención de su presencia constante en el campo de la crítica literaria: “Rosario gustaba de ocuparse de todas las obras que salían de las prensas mexicanas y en sus críticas encontramos las más justas y sólidas opiniones sobre nuestra literatura”.<sup>95</sup>

En mi opinión, el atributo de Rosario Castellanos que más se echa de menos en los comentarios anteriores son las menciones que se hicieron acerca de su perfil crítico-político. Sólo para el intelectual Víctor Flores Olea no pasó desapercibido ese aspecto: “La muerte de Rosario Castellanos es una pérdida muy sensible, muy grande y no sólo para nuestra literatura, sino *para nuestra ciudadanía y para la vida política nacional. [...] Rosario fue siempre una*

<sup>93</sup> Elena Poniatowska, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

<sup>94</sup> Edmundo Valadés, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

<sup>95</sup> Tomás Mojarro, “Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos”, en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

*militante en favor de las mejores causas de nuestro pueblo. Su ausencia deja entre nosotros un vacío imposible de llenar*".<sup>96</sup>

Llama la atención que ni siquiera en *Excélsior* se destacara dicho atributo. Significativamente, en la página editorial se expusieron comentarios afectuosos y reivindicatorios del valor humano y moral de la escritora. El problema es que destacaron tanto su generosidad y transparencia personal que suavizaron su valentía política:

En el servicio público —la enseñanza universitaria— Rosario Castellanos se portó como quien fue: una mujer dotada de altas virtudes cívicas, incapaz de admitir la bajeza como forma de conducta, desdeñosa de apetencias ilegítimas y dueña de una humildad que revelaba la eminencia de su alma.

Si a pesar de sus méritos las puertas de la Academia de la Lengua no se abrieron para permitirle ingresar, hoy es tiempo de resarcimientos. Difundir profusamente su obra, dejar constancia de su nombre en una calle, son apenas formas mínimas de valorar con hechos concretos lo que ella obró en favor de este país. Y puesto que disponemos de un sitio apropiado para conservar los restos de quienes con su trabajo y su honor honraron a México, la Rotonda de los Hombres Ilustres deberá simbolizar, dando lugar a la tumba de Rosario Castellanos, el homenaje de la nación de esta ilustre mujer.<sup>97</sup>

Tengo la impresión de que, después de su muerte, los comentarios sobre Rosario Castellanos no podían ser comunicados sin considerar el tono de las esquelas y las condolencias. Por lo tanto, se suavizó mucho el ímpetu combativo con el que se le podía describir. En otro contexto se habría esperado que, en vez de usar el eufemismo: "desdeñosa de apetencias ilegítimas", se

<sup>96</sup> Víctor Flores Olea, "Profundo pesar por la muerte de Rosario Castellanos", en *El Día*, 8 de agosto de 1974, p. 10.

<sup>97</sup> *Excélsior*, "Página Editorial. Rosario Castellanos", en *Excélsior*, 8 de agosto de 1974, p. 6-A.

le hubiera llamado *intelectual incorruptible*. Su inhumación en la Rotonda de los Hombres Ilustres se promovió y aceptó como la manera más justa de recompensar uno de los altos honores que institucionalmente le fueron negados en vida.<sup>98</sup>

Por su parte, Ricardo Garibay emitió un mensaje consternado que la enaltecía a ella y a su producción literaria: “Es la mejor, desde luego; literatura en serio, a fondo, con devoción grande; y algo excepcional, pocas veces visto: es una mujer intachable, de trasparente honestidad social y espiritual”.<sup>99</sup> Sus amigos más cercanos no olvidaron que imprimió todas sus cualidades personales a su obra: “Su integridad de persona, su generosidad sin medida, su capacidad de amor, la sencillez de su amistad que hacía olvidar su carga de gloria, su humildad matizada del más fino gracejo, su constante alegría frente a las pruebas más dolorosas, constituyeron el sostén humano de su imaginación creadora por la que fue —así lo creemos— una de las escritoras más grandes de nuestra lengua”.<sup>100</sup> El comentario de Alejandro Avilés muestra que las mejores opiniones que se emitieron acerca de ella las efectuaron sus amigos o escritores todavía no muy renombrados en la década de 1970.

En realidad, en vida, su campo cultural le regateó mucho reconocimiento literario. De ello da cuenta un comentario en donde la misma escritora insinuó que los críticos prominentes no reseñarían *Álbum de familia* (1971): “El rabo que me queda por desollar es la manera como este libro ha sido recibido por el público y la crítica. ¿Qué habrá dicho de él Fulanito *si Fulanito*

<sup>98</sup> Entre los altos honores que la escritora no alcanzó en vida está su ingreso a El Colegio Nacional. Véase Ignacio Chávez, *Ignacio Chávez. Epistolario selecto* (1929-1979), México, El Colegio Nacional, 1997, p. 339, nota 9.

<sup>99</sup> Ricardo Garibay, “Rosario Castellanos. Tú, la de la insigne pulcritud”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 6-A.

<sup>100</sup> Alejandro Avilés, “Rosario Castellanos. Gran mujer, gran escritora”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 7A.

*no decide no condenarlo al eterno ostracismo de su silencio?”*.<sup>101</sup> Siempre supo que no contaba con un reconocimiento unánime, por eso no le extrañaba que sus logros estuvieran acompañados de rechazos. A propósito de esto, Elena Poniatowska solía recordar el día en que Fernando Benítez ofreció una cena para celebrarla y los invitados no asistieron.<sup>102</sup> Por lo mismo, la “cima” en la que la colocó su puesto diplomático no la libró del ninguneo. Creo que ocurrió todo lo contrario: su cargo en el gobierno difuminó o borró en la memoria de muchos a la Castellanos contestataria, y su muerte favoreció una *consagración oficial parcial*. El hecho de que muriera durante su periodo de funciones debió comprometer al Estado a resarcir su ausencia. Me atrevería a proponer que, si no hubiera sido embajadora, ni antes ni después del sexenio de Luis Echeverría se le habría reconocido de la misma manera.<sup>103</sup> Mi idea se sostiene en las palabras que el Presidente emitió con motivo del decreto de su inhumación en la Rotonda de los Hom-  
bres Ilustres:

Rosario Castellanos fue un auténtico exponente de la mujer mexicana de nuestro tiempo, cuyo valor intrínseco, talento y emoción social puso de relieve en el desempeño de la cátedra, en el noble ejercicio de las letras y en la presentación del servicio público,

<sup>101</sup> Rosario Castellanos, “*Álbum de familia: satisfacción no pedida*”, en *Mujer III*, p. 59. Énfasis mío.

<sup>102</sup> Elena Poniatowska, *¡Ay vida, no me mereces!*, México, Joaquín Mortiz, 1985, p. 81.

<sup>103</sup> Elena Poniatowska, quien vivió de cerca su supuesta ascensión al poder cultural, aclaró que no existió una coincidencia plena entre la Rosario Castellanos real y la consagrada por los Echeverría: “lo que un sexenio consagra el otro lo silencia. Mito o no, institucionalizada en los sesentas como una segunda Virgen de Guadalupe, adulada, condecorada y reconocida por los grupos de poder, Rosario Castellanos fue una figura bien ajena a los que pretendían beatificarla”. *Ibid.*, p. 45.

donde la distinguió su leal patrocinio y la solidez de su voluntad de ser, como lo fue, de digna utilidad a la nación.<sup>104</sup>

Antes de interpretar este fragmento, deseo aclarar que, desde luego, considero que Rosario Castellanos merecía el honor que se le dio. Pero, insisto, la consagración que recibió fue muy parcial. En efecto, la escritora expuso muchas de las necesidades y preocupaciones que tenían las mujeres mexicanas, por eso hubo quienes le mostraron su adhesión. Pero, sus ideas en torno a la nación como un lugar que debía incluir a las mujeres, a los indígenas, a las clases desfavorecidas económicamente y a los oprimidos políticamente trascendieron a la mujer y al hombre de su tiempo. Su crítica a la virtud de la abnegación debió ser entendida por las más revolucionarias, y no por las tradicionales. Es más, se adelantó a las intelectuales en la medida en que jamás quiso igualarse intelectualmente a los hombres, sino ser una persona en la plenitud de su identidad femenina. En cuanto a que Castellanos puso de relieve su emoción social en el desempeño de su cátedra, sin duda, así fue. En relación con esto, Carlos Pellicer apuntó un hecho que, según él, debía tenerse muy en cuenta: “su labor en la docencia es admirable y no conozco otro caso en el que un embajador mexicano haya hablado con tanta frecuencia de nuestras cosas, ante quienes más importancia tiene hablar de ellas, los jóvenes estudiantes”.<sup>105</sup> Respecto a “su leal patrocinio y utilidad a la nación”, el gobierno no podía hacerle ningún reproche. Siempre fue prudente para mantener la excelente relación diplomática entre México e Israel.<sup>106</sup>

<sup>104</sup> Luis Echeverría Álvarez, “El presidente encabezará el Homenaje a Rosario Castellanos”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 21.

<sup>105</sup> Carlos Pellicer, “Su obra llena de originalidad”, en *Excelsior*, 8 de agosto de 1974, p. 13-A.

<sup>106</sup> Después de la muerte de Rosario Castellanos, justamente ocurrió un incidente entre México e Israel, debido a que el presidente Echeverría “instruyó al representante de la ONU para que se uniera a la gran mayoría del tercer mundo y votase a favor de la resolución ‘el sionismo es una forma de

Lo que le faltó ponderar al Presidente fue su petición constante de una irrestricta libertad de expresión; sus denuncias respecto a los actos demagógicos y al falso patrioterismo; su solicitud de que se revelara lo que realmente ocurrió el 2 de octubre de 1968 y el Jueves de Corpus, e, incluso, su idea de que Israel debía anteponer el uso de las letras al de las armas. Si estos elementos se hubieran podido mencionar en esa época, el decreto presidencial habría formado entonces la consagración imparcial de Rosario Castellanos. En lugar de eso, se emitieron puntos de vista elogiosos, pero pronunciados con un estilo político pomposo y vago. La primera dama, María Esther Zuno de Echeverría, al igual que su marido, mencionó que Castellanos era una digna representante de la mujer moderna;<sup>107</sup> el Secretario de Educación Pública, Víctor Bravo Ahuja, señaló que la escritora: “ofreció todos sus esfuerzos en la búsqueda de la elevación cultural y social”;<sup>108</sup> el Secretario del Trabajo y Previsión Social, Porfirio Muñoz Ledo, dijo que la admiraba debido a su “absoluta coherencia entre la tarea intelectual y el servicio a la República”;<sup>109</sup> el senador Alejandro Carrillo afirmó que la nación “perdía uno de sus más altos exponentes de la cultura nacional”.<sup>110</sup> En suma, los integrantes del campo de poder se sirvieron de una vaga compatibilidad entre las legítimas preocupaciones sociales de la escritora y la palabrería demagógica del priísmo. Dicho de otro modo, se fijaron en los elementos que les servían para elogiar su función

---

discriminación racial”. Las consecuencias no se hicieron esperar. Se organizó un boicot turístico para que los judíos de todo el mundo se abstuvieran de viajar a México. Poco tiempo después, el canciller mexicano, Emilio O. Rabasa, fue destituido de su cargo a raíz de este mismo incidente. Véase José Agustín, *Tragicomedia mexicana 1. La vida en México de 1940 a 1970*, México, Debolsillo, 2015a, p. 119.

<sup>107</sup> Encontré esta declaración en un recorte del periódico *El Nacional* del 10 de agosto de 1974, el cual está archivado en el Expediente XI-42-1 del Archivo de Concentraciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores.

<sup>108</sup> Víctor Bravo Ahuja en *ibid.*

<sup>109</sup> Porfirio Muñoz Ledo en *ibid.*

<sup>110</sup> Alejandro Carrillo en *ibid.*

pública. Pero, qué podía esperarse si ni siquiera la élite intelectual le concedió importancia a su pensamiento de largo aliento sobre México. Realmente, era imposible que el campo de poder se interesara en descifrar y materializar sus observaciones sociales que se hallaban contenidas en las metáforas *comenzar a nacer, esperar a que amanezca y dejar que advenga la edad de la razón*.

En conclusión, Rosario Castellanos no fue reconocida por parte de la élite cultural, porque desarrolló una forma propia de ser Intelectual que resaltaba su identidad femenina y, por parte del campo de poder, recibió una consagración parcial que pasó por alto los aspectos más críticos de su pensamiento. En verdad, sus ideas expresadas concreta y emotivamente estuvieron muy por encima de la asimilación que recibió en su época.

